

BOLSILEROS BRUJUELA

S
S

SERVICIO SECRETO

despues de mi asesinato

curtis garland





SS

SERVICIO SECRETO



CURTIS GARLAND

DESPUÉS DE MI ASESINATO

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1.126

Publicación semanal

Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Depósito Legal B 167-1972

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: marzo 1972

© CURTIS GARLAND - 1972

sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER - 1972

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.** Mora
la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

T
los
perso
y
entid
priva
que
apare
en
esta
nove
así
como
las
situa
de
la
mism
son
fruto
exclu
de
la
imag
del
autor
por
lo
que
cualc
seme
con
perso
entid

o
hech
pasac
o
actua
será
simp
coinc

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.123. — El presidente que no existió.

En Colección PUNTO ROJO:

507. — El asesino escribe su diario.

PÓRTICO

LO admito de antemano. Todo es puramente hipotético en este relato.

Sé que juego con algo que todavía no es. Que *no puede* ser. O que *no se quiere* que sea, por las complicaciones alucinantes que traería consigo.

Pero la ciencia ha progresado increíblemente en las últimas décadas. Todo lo que parecía pura fantasía hace escasamente diez años, ahora es completa realidad. Todo lo que en 1950, pongamos por ejemplo, era pura ciencia-ficción, ahora ha sido no solo alcanzado, sino superado, rebasado con creces. La conquista del espacio, los viajes a la Luna, las estaciones en órbita, los satélites artificiales, las comunicaciones por medio de satélites, la Televisión así transmitida en color, a cualquier lugar del mundo, simultáneamente; los trasplantes de corazón, riñón, hígado o cualquier otro órgano humano; los prodigios de la cirugía, incluso logrando coser miembros humanos desprendidos; la cirugía plástica, la microcirugía, la electroterapia, la bomba de cobalto...

Y no hablemos ya de la Cibernética, de los cerebros electrónicos, de los mecanismos teledirigidos, de la energía nuclear, del estudio de lo infinitamente pequeño, del microscopio electrónico...

Tenemos también los fascinantes experimentos en la mente humana, habiéndose logrado ya insertar en un cerebro de mono un sistema de radiorreceptor que recibe «órdenes» de un investigador... y el mono las obedece sistemática y regularmente; Existen corazones artificiales, como los que el doctor Denton A. Cooley aplica en Estados Unidos; válvulas de plástico para la circulación sanguínea...

Y así, hasta el infinito, o poco menos. Todo ello, solo diez, doce,

quince años atrás, era pura utopía. Hoy, todo puede suceder. Lo que en este día es improbable o aún no se ha intentado, mañana mismo puede estar realizado. Y con éxito.

¿Que esta novela se considera algo más de «mañana» que de «hoy»? Solo con cierto condicionamiento. Cuando la escribo, *todavía* no ha sucedido. Obsérvese que en la obra hablo de un primer *intento*. Tal vez, lector, cuando la obra vea la luz en su publicación... ya me haya quedado atrás y el primer intento sea un hecho.

Además, me consta que científicos de la Unión Soviética —y posiblemente de la China continental también— investigan en la cuestión, habiendo llegado muy lejos en sus experimentos. No se revelaron detalles porque el trabajo científico serio no es para andar pregonándolo a los cuatro vientos. Además, el tema es delicado. Y tal vez lo mejor de todo sea no insistir demasiado en ello.

Pero al menos como estudio científico, se está llevando a cabo en el mayor secreto. Y sus resultados, por tanto, nos son desconocidos.

Si un día llegan a ser conocidos, mañana o pasado mañana mismo... ¿podría suceder lo que sucede en esta obra?

Posiblemente, sí.

Que ello sea aconsejable o no, esa es ya otra historia, que diría Kipling.

Y mi historia es solamente esta: Un tema de intriga, un asunto policíaco y de acción, con el fundamento de un logro científico todavía no alcanzado, pero que en cualquier momento puede alcanzarse, por poco aconsejable que ello resulte.

C. G.

PRÓLOGO

CUANDO vi aparecer el arma por la ventanilla, supe que no había remedio. Era mi muerte cierta. Irremediable.

Traté de defenderme, por supuesto. Pero estaba seguro de su inutilidad.

El arma crepitó en silencio. Unos disparos. No sé cuántos. El primero me había alcanzado ya. En el pecho. Cerca del corazón. El segundo tuvo más tino. Me dio justamente en él. En el corazón.

Ahí fue mi muerte. Ahí terminó mi existencia.

Yo, Mark Cain, detective privado, fui asesinado por aquellos disparos de pistola con silenciador, a corta distancia de mi persona, desde un automóvil que, apenas efectuó la agresión, debió darse a la fuga.

Pero eso a mí ya no me importaba mucho.

Porque estaba muerto. Yo estaba muerto, con varios balazos en el pecho, uno de ellos mortal de necesidad.

Para mí, el mundo había dejado de existir. Y con el mundo, mi propio e ignorado asesino, aquella sombra oscura, borrosa, inidentificable, que vi fugazmente, antes de morir, reclinada sobre el volante del automóvil.

Aquella mano enguantada que sujetaba la pistola automática, disparándola silenciosamente sobre mí, era anónima. Yo podía haber sospechado algo, haber hecho mis propias cábalas, pero todo era inútil, porque no podía hacer nada, ni pensar en nada, ni cosa alguna que se le pareciese.

Yo estaba muerto.

Muerto.

Y cuando uno muere, termina todo.

Tal vez en la frontera misma de la muerte pensé en el caso que

llevaba entre manos; pensé en la hermosa Sue, pensé en el asesinato de Howard Keith, pensó en ese pobre que espera ir a la silla eléctrica en cualquier momento...

Pensé en muchas cosas. O no pensé en ninguna. El caso dejaba de significar algo para mí. Ni Howard Keith, ni la prostituta asesinada, ni el hombre que esperaba la pena capital, ni las piernas de Ebony o los senos de Jayne tenían ya demasiado valor para Mark Cain, detective privado.

Porque yo, Mark Cain, *private eye*, con oficina de tercera clase, cuenta corriente de última categoría, deudas de primerísima fila, y una licencia para ejercer mi profesión en el estado de Nueva York, había abandonado finalmente el caso.

Era el primero que abandonaba sin resolver. Y, desde luego, tenía todas las trazas de ser el último.

Porque a mí, Mark Cain, me habían asesinado.

CAPÍTULO PRIMERO

ESTABA hecho.

No podía creerlo. Pero estaba hecho.

Contemplé las manos. Mis manos. ¿Mis manos? Sonreí. O lo intenté.

—Lo hizo... —murmuré.

La voz me sonó extraña. No podía ser de otro modo. Él sonrió.

—Sí —dijo—. Lo hice. Todo va bien.

—No es posible...

—Vaya si lo es. Usted está hablando conmigo, ¿no?

—Eso parece, sí... ¡Dios mío!... Volver de la tumba...

—Señor Cain, eso es lo que ha hecho: volver de la tumba.

—¿Lo... lo saben los demás?

—No. No del todo. Hay una serie de reservas. Mínimas precauciones, entienda.

—Entiendo. Pero sabrán que usted... lo hizo.

—Digamos que saben que yo lo intenté —sonrió el doctor Mankiewicz suavemente—. Y sabrán que he triunfado. Pero nada más. Al menos, de momento.

—No le entiendo...

—Deje que pase tiempo. Nunca se puede estar seguro de nada. Se impone un periodo prudencial. Un compás de espera. Esto no es quitar un apéndice o unas amígdalas, señor Cain.

—Claro —suspiré—. ¿Cuánto... tiempo?

—No sé —se encogió de hombros, pensativo—. Meses. Tres, cuatro. Quizá seis. Si todo va muy despacio, un año.

—Un año... Será como una eternidad. ¿Dónde, doctor?

—Ya elegí el sitio. Eso era cosa mía, señor Cain. Nadie le importunará allí. Ni periodistas, ni policías, ni científicos. Nadie. Ni

siquiera saben que usted vive.

—¿No saben... que yo... soy Mark Cain?

—Es uno de los datos estrictamente secretos del asunto. Su nombre no fue revelado. Oficialmente, Mark Cain ha muerto. Eso es todo.

—Alguien se habrá llevado una alegría...

—Lo sé —sonrió el doctor Mankiewicz—. Su asesino, ¿no?

—Sí —volví a mirar mis manos. Las apreté. Me sorprendió su fuerza, su vigor. Vi mis muñecas, tensas y musculosas. Firme pulso. Energía, vitalidad, fuerza física—. Cielos...

—¿Le sorprende su fortaleza? —rio el médico—. Irá habituándose a todo. Es difícil, pero lo conseguirá. Su mente es aguda, rápida, inteligente...

—Mi mente... —suspiré. Cerré los ojos.

—No piense en ello ahora. No piense en nada —le oí decir—. Repose. No es tiempo aún de preguntarse muchas cosas. No se esfuerce.

—Doctor, hay cosas que uno no puede dejar a un lado, como si no existieran...

—Le creo. Pero si todo ha de salir bien, debe colaborar conmigo. No se excite ni precipite las cosas. Prométame que... que obedecerá. En todo.

—Se lo prometo —murmuré. De nuevo mi voz me pareció tan extraña... Fuerte, profunda, grave, vigorosa—. Doctor, un ruego...

—¿Sí?

—Me... me gustaría... verme en... en un espejo... siquiera un momento.

—Ya. —Abrí los ojos y le vi sonreír, comprensivo. Asintió luego —: Está bien.

Se incorporó. Accionó unos brazos metálicos flexibles sobre el lecho del hospital. Puso ante mí un espejo límpido, mientras dos ayudantes suyos manipulaban en unos aparatos que medían mi pulso, mi circulación sanguínea, mi corazón, mi cerebro, todo mi ser.

Y me vi.

Me vi en el espejo, reclinado ante mi rostro.

Mi rostro...

Enjuto, bronceado, firme, como cincelado en metal. Ojos pardos, fríos; nariz recta, boca apretada, mentón enérgico, mejillas hundidas, pómulos acentuados, cabello rubio oscuro, liso, descuidado. Frente despejada, expresión felina.

Mi faz. Mi cara. Mi persona.

Porque el rostro y el físico de una persona... es la propia persona. Yo, al menos, siempre había pensado así. Ahora sabía que esa convicción era falsa. Que *podía* ser falsa.

—¡Dios mío!... —dije—. Doctor, ¿qué es esto?

—Esto... es usted —me respondió él suavemente.

—Quiero decir... ¿quién era él?

—Secreto —suspiró el médico—. Secreto del sumario. No puedo revelar eso. Ni a usted ni a nadie. No todavía.

—¿No tengo cierto derecho a...?

—No. No tiene derecho a nada —Serge Mankiewicz, doctor en medicina y cirugía, famoso neurocirujano de fama mundial, negó rotundamente con la cabeza—. No pudo opinar. Yo lo hice todo. Luego, en un cierto momento crucial, cuando usted recuperó la consciencia, le pregunté... Me dijo que sí. Que siguiera adelante. Me lo rogó. Me lo suplicó. Y no me exigió nada. Es más: me prometió formalmente no hacer preguntas, no indagar nada, no pretender saber nada de nada...

—La vida es tan preciosa... Se considera su auténtico valor... cuando se sabe que se ha perdido. Y entonces es tarde...

—Pudo ser tarde —sonrió el cirujano—. Para usted, no. Es un privilegiado. Aceptó el riesgo. El único riesgo posible, que no era tal, puesto que usted *ya estaba muerto*. Aceptó *volver a morir*, como máximo azar. No perdía nada. Todo estaba perdido ya. Ha ganado. No sé si definitivamente, claro. No sé por cuánto tiempo. Pero ha ganado. No me exija ahora. No me reclame. No pida nada. Cumpla su palabra. Aténgase a nuestro pacto, señor Cain. Con todas sus consecuencias.

—Con todas sus consecuencias... —gemí, ahogadamente. Cerré de nuevo los ojos. No quise mirar el espejo. No quise verme. No quise nada de nada. Solo rezar en silencio, en oscuridad, en aislamiento total—. Sí, doctor. Sí... Perdone...

—No diga eso —le oí reír suave, amistosa, cordialmente—. Está

perdonado. Es humano. Es justo que quiera saber, que pretenda interrogar, ir más lejos... ¡Dios, yo haría lo mismo en su lugar! Pero es mejor así. Hay tiempo para todo.

—O para nada, doctor...

—Tal vez. Dios quiera que no. Si es así... todo habrá sido inútil. No valdría la pena saber nada. Pero si resulta... vale más esperar. Y a su debido tiempo... todo se pondrá en claro. Absolutamente todo.

—¿Palabra, doctor Mankiewicz?

—Palabra, señor Cain.

Nos estábamos mirando ahora. Fija, gravemente. Con un mundo de oscuridades por medio. Con un infinito de interrogantes nunca formuladas por el ser humano. Resulta extraño. Pero cuando uno es *el primero en algo...* todo eso es inevitable. Es humano, es lógico.

—Doctor —musité—. Nadie sabe nada aún, ¿verdad?

—No, nadie, ya se lo dije —suspiró él, paciente.

—¿Ni del donante... ni del receptor? —insistí.

—No, de ninguno de los dos.

—Cielos —musité—. ¿Quién iba a decirme que yo sería... el primero de todos? ¿Que recibí de un donante desconocido... *este cuerpo que ahora llevo...* y que yo... yo...

—Y que usted, Mark Cain, recibió ese cuerpo, ese físico, para *envolver su cerebro*? —concluyó el doctor Serge Mankiewicz. Sus ojos reflejaron una inmensa abstracción, un auténtico mundo de dudas, de esperanzas, de incógnitas—. No, nadie podía decir que eso fuera realizable ya. Pero lo cierto es que la mente de Mark Cain, detective privado asesinado una noche a tiros de pistola en la ciudad de Nueva York... tiene ahora un nuevo cuerpo. El de otra persona muerta de un ataque cerebral esa misma noche...

Volví a mirarme en el espejo. Miré mi nuevo rostro, mi nuevo cuerpo. Algo extraño. La envoltura desconocida donde se encerraba mi propio cerebro...

CAPÍTULO II

LA noche era tranquila, apacible. Había luna llena, los abetos eran como manchas oscuras en las cumbres nevadas. Y a mi alrededor, todo quietud, silencio, reposo.

Nunca había sido amigo del reposo. Nunca me gustó el silencio. Fui siempre hombre de ambientes ruidosos, de clubs nocturnos y todo eso. Pero admito que me sentaba bien todo aquello.

—¿Preocupado por algo? —me preguntó Candy Miller.

—No, nada —rechacé, encogiéndome de hombros. Sonreí, metí las manos en mi batín—. Por nada en especial...

Candy Miller me contempló pensativa. Era mi enfermera, y sabía lo que me convenía. Supongo que también sabía lo que pasaba por mi cerebro. O lo imaginaba.

Ella sabía pocas cosas de mí, ya me lo había confesado. Pero las suficientes, como mínimo, para saber cuál era mi actual situación psíquica. Me llevaba con serena astucia, pero no podía preverlo todo. Ni ella, ni nadie.

Era bonita, eso sí. Solo que yo... me había acostumbrado a no ser demasiado bien considerado por las chicas bonitas. Estaba harto de ver cómo, en el cine, tipos como Paul Newman o Steve Mac Queen, en la actualidad, y el «duro» Bogart o el inexpresivo Alan Ladd en otros tiempos, se llevaban a las chicas de calle. Personalmente, yo, Mark Cain, nunca me había visto frente a una chica llena de encantos que se sintiera chiflada por mí.

Candy Miller, por muy enfermera personal mía que fuese, por orden del doctor Mankiewicz, no iba a ser una excepción, siendo atractiva, joven y bien formada, como era. Pero, evidentemente, yo vivía aún con los prejuicios del otro Mark Cain.

Nací de estatura más bien baja. Era de pelo castaño, de rostro vulgar, de aire impersonal. Dicen que los mejores detectives

privados deben ser así para pasar inadvertidos. Empezaba a resultarme muy dudoso que aquellos seis pies largos que veía en cualquier espejo —el doctor Mankiewicz los había puesto profusamente por la casa, sin duda para habituarme a mi físico actual— fuesen míos. Lo mismo que mi pelo rubio liso, mis pardos ojos agresivos, mi rostro enérgico, mi aspecto atlético, enjuto y fibroso, y todo lo que mi nuevo cuerpo me proporcionaba inesperadamente.

Yo, Mark Cain, era un ser diferente.

Diferente en mi físico, claro. En mi envoltura. Mi cerebro era mío. Era yo. Lo demás producía una terrible, desconsoladora impresión de cosa prestada. Y temía que aquel juego absurdo entre la vida y la muerte, entre el hombre y su mente, entre el cerebro y el cuerpo, terminasen fatalmente en la autodestrucción.

Pero aun así, nada había que perder. Porque yo... estaba muerto.

Yo había sido asesinado. A tiros de pistola, a boca de jarro. Una noche, desde un coche que paró súbitamente junto a mí. Por un asesino desconocido del que nada supe. Ni nada sabía.

Yo, Mark Cain, había viajado a la Muerte. A las Tinieblas. O tal vez no. Yo, Mark Cain, era solamente un nombre, con el cuerpo cosido a balazos. Pero con el cerebro intacto.

Otro hombre, esa misma noche, ingresó recién fallecido en el hospital. No sabía yo aún quién era. Con un ataque cerebral. Nadie nos reclamaba a nosotros; Yo, muerto, solo, sin familia... Él muerto, posiblemente igual. Y el doctor Mankiewicz, una eminencia de la neurocirugía. Un experimento escalofriante, al filo de lo imposible. Pero nada es imposible hoy para la ciencia. Menos aún para medicina y cirugía...

Recordaba borrosamente mi despertar, *después de mi asesinato*. Un despertar difuso y febril. Posiblemente, solo cerebral, en el quirófano secreto de Mankiewicz, acaso sometido a solo Dios sabe qué terrible sistema de hibernación, en tanto se consumaba el trasplante, si lo había.

—Cain... Cain, amigo mío... ¿Quiere vivir?

Mi respuesta. Turbia, débil, desesperada. Tremendamente desesperada;

—Sí, sí... Por favor... ¡Quiero vivir!

Luego, la voz calmosa, apacible, siempre serena, del doctor Mankiewicz;

—Escuche, Cain... Esto no es fácil. Usted... Usted *está muerto*. Clínicamente muerto. Su mente se conserva viva, pero su cuerpo ha sido herido mortalmente. Disparos, tiene que recordar...

—Disparos... ¡Sí, sí, recuerdo! Pero quiero vivir...

—Entienda esto. Tendrá otro cuerpo. No el suyo. Piense. No es magia ni delirio. Es como un trasplante de corazón. Solo que el cerebro es diferente. Nunca se hizo. Se hará ahora. Por primera vez. Es solo un experimento. Puede fracasar. No prometo nada. Necesito su aprobación, Cain. Tengo un cuerpo. Sano, fuerte... Su cerebro falló. En usted fue el cuerpo el que se extinguió. ¿Lo... lo intento?

—¡Sí, sí! —casi grité, desesperado.

Y lo intentó.

Y había resultado. Al menos, de momento. Nada era seguro aún. Pero algo logró. Esto era como una propina inverosímil. Horas, días, semanas de vida. Después de morir físicamente, con el corazón perforado por una bala...

Yo seguía siendo Mark Cain. Mentalmente, claro. En lo demás... era otro.

¿Quién? No lo sabía. Ni debía importarme. No aún. Era más alto, más fuerte, mejor parecido, más arrogante... Y vivo. Lleno de vida. ¿Qué importaba lo demás?

—Está pensando demasiado —dijo Candy Miller.

—Sí, es posible —acepté.

—No lo haga —me recomendó. Me trajo una taza de caldo con vitaminas. Sobre todo, vitaminas para mi cerebro. Como siempre—. No es aconsejable. Al doctor Mankiewicz no le gustará saber que piensa en exceso.

—¿Que quiere que haga, entonces?

—Sé lo que sentirá, pero esto es todo normal.

—¿Normal? —dudé, perplejo.

—Sí —sonrió, apacible—. He visto muchos experimentos previos del doctor Mankiewicz. Conozco la existencia de chimpancés que llevan años viviendo así...

—Yo no soy un chimpancé —dije, secamente.

—Perdone. No pretendí molestarle. Biológicamente, no se crea

que las criaturas vivientes son tan diferentes entre sí. Se sorprendería si conociera muchas cosas sobre la cuestión.

—No me interesan —corté, tajante.

—Allá usted —se encogió de hombros, con una partencia admirable. Sonrió, ayudándome a tomar las vitaminas, acompañadas del sabroso caldo de ave—. Pero piense que actualmente muchas personas irán a poner flores en su tumba. Y que usted, de no ser por la ciencia del doctor Mankiewicz... estaría ahora allí. Justamente allí. Bajo esa tumba y esas flores.

—Flores... —gruñí—. No creo que nadie se acuerde de mí.

—Se equivoca —sonrió ella, irónica. Me tendió un periódico, y vi en la página de sucesos una fotografía—. Vea esto.

Lo vi. Fue una impresión, pero no demasiado fuerte.

Era *mi* tumba. En el cementerio de Queens. La lápida era visible en la fotografía:

«Aquí yace Mark Cain, víctima de asesinato.

Dios le tenga en su paz.»

Era todo. Pero había flores. Bastantes flores. Incluso coronas de flores. Leí una de las bandas, sujeta a una de esas coronas. La fotografía era clara, y resultaba legible:

«A mi exesposo, con un recuerdo de amor. Kim Cain.»

—Increíble —musité. Miré a Candy Miller, mi enfermera, tiré el periódico con irritación y añadí—: Yo nunca estuve casado. Ni conozco a ninguna mujer llamada Kim...

* * *

El doctor Mankiewicz terminó de ajustarme los vendajes en torno al cráneo. Suspiró, y yo observé cómo aplicaba las tiras de adhesivo, para sujetar el apósito molesto que me oprimía.

—¿Todo va bien, doctor? —quise saber.

—Perfecto —asintió—. Mejor, incluso, de lo que yo esperaba. Y me siento optimista.

—¿Ya no hay peligro alguno?

—El peligro existe siempre, amigo Cain —me advirtió el cirujano—. Solo que, día a día, vamos reduciendo sus posibilidades. Si el primer día postoperatorio, esas posibilidades eran de un setenta por ciento, ahora podemos decir que no llegan al veinticinco. Creo que es un buen adelanto. Y le dará idea de la marcha de todo esto.

—Sí, una idea muy aproximada —fruncí el ceño todo lo que me lo permitía la tirantez de mis vendajes—. Si solo me preocupara esta operación, mi nueva envoltura...

Mankiewicz me contempló preocupado.

—¿Qué otra cosa le puede inquietar, Cain? —me reprochó—. De esto depende todo. Incluso su vida, su futuro...

—Mi vida y mi futuro —repetí, con un suspiro—. Yo pienso también en mi pasado, doctor. Mi más reciente pasado...

—Olvidelo.

—No puedo. Pienso en un caso criminal, en dos asesinatos, en una mujer que me lleva flores a la tumba, firmadas con amor por mi esposa... Y yo no tengo espesa.

—¿Nunca la tuvo? ¿No se divorció?

—No, nunca. Soy un solterón empedernido. No resulto muy atractivo para las mujeres y... Bueno, no resultaba muy atractivo antes, quiero decir —rectifiqué, paseando la mano por mi nuevo rostro—. Y ni siquiera tuve nunca dinero, o algún aliciente especial para ninguna de ellas.

—¿Ni siquiera tenía novia, Cain?

—Bien, puede decirse que... que una chica me tenía aprecio. Y yo a ella. Mi secretaria, Jill. Pero eso no es un noviazgo. Últimamente empecé un romance con una chica ligera de cascos. Ya sabe, algo pasajero. Supongo me ya me habrá olvidado. Es todo lo que puedo contar en el aspecto sentimental.

—Usted es detective. Usted sabrá si, realmente, el asunto tiene explicación. No dejando algo de valor para que esa falsa esposa lo reclame... ¿qué motivo puede existir para que le nazca de repente una esposa?

—Eso es lo que yo me pregunto —sacudí la cabeza—. Y no veo respuesta, doctor.

—Entonces, no la busque. Recuerde que todavía está convaleciente. No trabaje demasiado con su mente, no sufra pensando en cosas que ahora no puede resolver desde aquí. Es mejor que aguarde a su total recuperación.

—Sí, doctor. Creo que eso es lo que debo hacer... Pero a veces no me es posible...

Y me quedé callado, como en reposo, mientras el doctor Mankiewicz llamaba a la enfermera Miller para darle instrucciones respecto a mí.

No pude evitarlo. Pensé, pensé, pensé, pero en mi pasado inmediato, en todo lo que, inexorablemente, había conducido a Mark Cain, detective privado, a un extraño y fantástico destino.

Pensé en los momentos cruciales de aquel oscuro caso que, en mala hora, se me había ocurrido aceptar.

Pero cinco mil dólares eran muchos dólares. Sobre todo para un investigador privado de tercera fila... con solo veinte dólares en el bolsillo, cincuenta en su cuenta corriente... y más de setecientos de deudas.

Cinco mil dólares habían tenido la culpa de todo, inicialmente...

* * *

—¿Cinco mil dólares ha dicho?

—Eso es —me puso delante dos fajos de billetes de cien, nuevos y crujientes—. Dos mil anticipados, para gastos y parte de sus honorarios. Espero que sea suficiente, señor Cain.

Yo había mirado a mi visitante con asombro. Lo cierto es que hacía al menos diez años que no veía dos mil dólares juntos. Y menos, al alcance de mis dedos.

—¿A quién debo matar? —dije, festivo—. ¿Al presidente de Estados Unidos?

—No hará falta tanto —rio mi interlocutor—. Solo quiero que averigüe algo para mí.

—¿Qué, señor Keith?

—Quiero que encuentre a alguien.

—¿Su esposa? —gruñí, decepcionado—. Es lo habitual...

—No. Mi esposa, no. Quiero que encuentre al amante de mi esposa.

No dejaba de ser una variedad. Pero muy relativa. En estos casos, todo viene a ser parecido. El triángulo, los celos o la intención de divorcio... Estaba aburrido de casos así. Nunca hice nada distinto. Pero seguía siendo mucho dinero. Demasiado, por desenredar otra madeja pasional más.

—¿Tan difícil cree que es eso? —me sorprendí.

—Sí. Muy difícil —afirmó él, rotundo—. Y muy peligroso.

—Ya entiendo —me froté el mentón, pensativo.

—No, no entiende —replicó—. Mi esposa ha muerto. Asesinada. Y él la mató.

* * *

Betsy Keith. Esposa de Howard Keith. Treinta y siete años. Cabello rubio oscuro. Ojos grises.

Allí estaba; era ella. O había sido ella.

Estudí la fotografía en color, con los datos mecanografiados abajo, en una tira de papel color yema, adherido a la cartulina brillante.

—Buen trabajo —felicité a Jill Travers, mi secretaria—. De modo que era cierto. La dama murió asesinada...

—Es pura teoría —me rectificó ella, golpeándose sus rojos labios gordezuelos con la extremidad del lápiz metálico. Entornó los ojos, risueña—. Eso es lo que sospechó la policía. Y el marido. Y un sinfín de gente. Pero nunca se pudo probar. Archie, al proporcionarme esa fotografía de su archivo, me indicó que, oficialmente, Betsy Keith consta como «muerta accidentalmente, por inmersión en las aguas del Atlántico». Eso es todo.

—¿Cómo sucedieron las cosas, según el informe oficial?

—Ella salió de puerto en el yate de su marido. Habían tenido una fuerte pelea. Parece que iba a ser la separación definitiva. Nunca volvió. Se halló el yate, a casi cuatro millas de Staten Island, mar adentro. Vacío. Betsy Keith no estaba a bordo. Se la buscó. Y apareció. Enganchada al ancla, sumergida. Convertida en... en un horrible cuerpo tumefacto, corrompido y deformado por las aguas... Se la identificó por la cicatriz de una operación reciente de apéndice, por un anillo de oro, por cierto tinte de su cabello y poca cosa más. También por una antigua fractura de hueso en su brazo

izquierdo... Era ella, sin duda. Sin señales de violencia, salvo un golpe en la nuca, que pudo producirse con el ancla, al caer al mar y engancharse en ella... La autopsia demostró que era posible, aunque también pudo ser producido por un objeto metálico similar al ancla; es decir, de metal oxidado y sucio de algas y moho.

—Muy interesante. ¿Se encontraron huellas de que estuviera acompañada a bordo?

—Ninguna. Primero se sospechó del marido. Keith fue interrogado. Pero pudo probar que estaba en la ciudad, que tenía reuniones de negocios y cosas así. Coartada sólida.

—Ya. ¿Y... el amante fantasma?

—De él, nadie sabe nada.

—Pero, ¿existe? Quiero decir, ¿tenía ella realmente un amante?

—Hay evidencias de que sí. Muchas. Pero nadie sabe quién era. Nadie le vio claramente nunca. Es como si se ocultara intencionadamente, para no comprometerse.

—Así, la teoría generalizada es de que ella fue al yate con su amante... y él la mató.

—Sí. Pero nada puede probarse. Es solo una hipótesis, Mark.

—Sí, ya veo. Buen asunto nos ha dado el señor Keith. Empiezo a entender lo de los cinco mil dólares... Al menos, le visitaré a él. Es posible que pueda darme dato sobre amistades masculinas de su esposa, sobre sus actividades habituales, sus *hobbies*, sus lugares de mayor frecuencia y cosas así.

Visité a Howard Keith, ciertamente.

Pero él no pudo darme dato alguno sobre eso. Sencillamente porque cuando llegué a su casa estaba muerto.

* * *

—Muerto...

—Sí, teniente —suspiré—. Así estaba cuando yo llegué.

Barry Mac Lane, teniente de Homicidios de la ciudad de Nueva York, me contempló desconfiado. Nos conocíamos poco. Pero yo nunca había sido santo de su devoción. Ni él de la mía.

—Se habrá dado cuenta de que no murió precisamente de un síncope —dijo.

—Ya lo he visto —asentí—. Si no me equivoco, le aplastaron la

cabeza de un golpe.

—O de varios. No, no se equivoca. Fue asesinado. Supongo que podrá probar que usted no lo hizo.

—Tanto como podría usted probar ahora que yo lo hice —repliqué.

Nos miramos, huraños, nada amistosos. Al final, se encogió de hombros.

—¿Por qué vino a verle? —anotó algo en su bloc.

—Era mi cliente.

—¿Su cliente? —frunció, el ceño, mirándome—. ¿Pare qué? Howard Keith era un hombre rico, de excelente posición social y económica...

—Y yo soy un detective de poca categoría, ya le entiendo —puse un gesto sarcástico—. Solo que él... me escogió para un trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

—Estos asuntos son confidenciales, teniente. Entre cliente y profesional.

—Déjese de zarandajas. Quiero que me lo cuente todo. Él ha muerto, y ya no existe cliente. Nadie le va a pagar ahora por hacer algo, bien o mal. De modo que desembuche todo, o le acusaré de retención de posibles evidencias.

—Está bien —murmuré de mala gana—. Se lo contaré todo, teniente Mac Lane...

Se lo contó. Pero aunque Howard Keith había muerto, en algo se equivocó el oficial de Homicidios.

Howard Keith sí pagaría sus cinco mil dólares prometidos, aun después de muerto, si yo llegaba alguna vez a descubrir al amante secreto de su mujer.

Eso lo supe al día siguiente. Cuando conocí al abogado Lester Murray.

CAPÍTULO III

—Sí, señor Cain —dijo apaciblemente el hombre alto, serio y taciturno que era Lester Murray, contemplándome a través de sus gafas de montura de oro—. Mi cliente, el señor Keith, temía en realidad por su vida. Por eso me dejó instrucciones concretas. Si algo le sucedía a él, de acuerdo con el documento que obra en mi poder, usted, el detective privado Mark Cain, percibiría tres mil dólares, más la cuenta oportuna de gastos, el día que me demostrase a mí quién fue el amante verdadero de la señora Keith.

—Vaya... —dije, perplejo—. ¿Para qué se molestó en eso? Si él no existía ya para entonces, ¿qué le reportaría conocer el nombre de su adversario?

—Ninguna. Pero el señor Keith era hombre de palabra. Su seriedad estaba por encima de todo. Me dijo textualmente que usted le había parecido un profesional honesto, aunque sin suerte. Y que si era como él imaginaba, llegaría al final del asunto con éxito. Su compromiso era inquebrantable, y no deseaba que se rompiese ni con su muerte.

Me tendió una fotocopia del documento citado y se despidió de mí. Antes de marcharse, yo me creí en la obligación de hacerle una pregunta:

—Señor Murray, ya que ni él ni la señora Keith pueden ayudarme en nada, ¿podría usted facilitarme algún dato que me sirviera de inicio en la investigación? Me muevo totalmente en sombras. E imagino que usted además de su abogado, sería buen amigo de la familia...

—Lo era, sí —me estudió fríamente—. Especialmente de la señora Keith, a quien conocía ya de soltera. Por ella me hice abogado de los Keith. ¿Qué quiere saber?

—Algo por dónde empezar... Amistades habituales de Betsy

Keith, sus aficiones, los lugares que más frecuentaba....

—Se lo diré. Ella gustaba de deportes al aire libre: natación, tenis, navegación a vela o en yate... Esquí náutico... Sus amistades eran escasas. Casi siempre hombres o matrimonios conocidos. Pocas mujeres. Tenía celos de ellas. Y ellas de Betsy Keith. La esposa, de Howard Keith era muy bella, muy inteligente...

—Y no amaba mucho a su marido, ¿verdad?

—Al principio, creyó amarle. Se equivocó. Además, ella era la del dinero. Él estaba en quiebra entonces. La fortuna de Betsy le rehízo. Actualmente tenían tanto el uno como el otro. Nunca debió casarse con Howard Keith.

—Tal vez con otro... —sonreí. Le miré bruscamente—. Con usted, por ejemplo.

Le vi sobresaltarse. Dio un paso atrás. Me miró con sorpresa.

—El señor Keith tenía razón —suspiró—. Usted no es tonto, Cain. Sí; pudo casarse conmigo. Yo... Yo amé realmente a Betsy. Sin egoísmos ni ambición. Quizá por eso llegaron a sospechar de mí... como el amante de ella,

—Pero ¿lo fue usted? —ataqué a fondo.

—No —negó con sencillez—. No lo fui, Cain. Aunque no lo crea.

Fue hacia la puerta de mi oficina. Antes de salir, se volvió. Me estudió en silencio. Y dijo a modo de despedida:

—Me preguntó por los lugares que ella frecuentaba... El Club Náutico de Staten Island, es uno de ellos. En Greenport, el viejo puerto pintoresco, hoy día centro comercial de ostras, hay una vieja posada cerca de Clark House. Es Oyster Inn[1]. Parece un escenario de *La Isla del tesoro* o de *Moby Dick*. Pero es un lujoso local para degustar mariscos y buenos vinos franceses. Muy caro. Muy snob. Allí podía vérsela a veces.

—Gracias por el informe, señor Murray —sonreí.

—De nada, Cain, Espero que encuentre algo de interés. Al menos, sobre Betsy. Si lo que le interesa es conocer algo íntimo acerca de Howard Keith... entonces vaya al Birdland. Ya sabe dónde está. Broadway, junto a la calle Cincuenta y Dos. Buen jazz, asados sabrosos... y una hermosa mulata: Ebony Carroll.

—¿Qué significa eso? —arrugué el ceño, intrigado.

—Keith iba allá muchas noches. No solo por el jazz, aunque le

gustaba.

—¿Ebony Carroll? —insinué, con una mueca maliciosa.

—Lo repito; usted no es tonto, Cain —antes de cerrar la puerta, masculló—. Sí, ella. Canta *jazz* muy bien. Es una gran hembra, y Keith no era segregacionista, ni mucho menos. Usted ya me entiende...

Y esta vez salió definitivamente. Ya había dicho todo lo que tenía que decir.

* * *

Cantaba muy bien el *hot jazz*. Se cimbreaaba lascivamente. Y era muy hermosa. Piel oscura, no demasiado. Labios carnosos, no demasiado tampoco. Cuerpo escultural, turgente. Peluca de cabellos lisos sobre su natural pelo rizado.

Ebony Carroll amante de Howard Keith...

—¿Amante? —ella me contempló a través de la mesa de mantel de cuadros rojos y blancos, con velas goteando cera desde los golletes de negras botellas de whisky, en la cava negroides de la Cincuenta y Dos. El olor del buen asado venía de otras mesas. Nosotros tomábamos whisky con hielo y soda, simplemente. Luego, ella rio. Afirmó—. Sí. Era su amante. Te sorprenderá viendo mi piel...

—Me sorprendería lo contrario, sobre todo viendo tu piel —y rocé con mis dedos su hombro desnudo, admirando las generosas extensiones de piel bronce oscuro que descubría su rojo vestido de seda, tan corto sobre los muslos como sobre los senos rotundos, vibrantes.

—Oh, ya veo —sonrió ampliamente, más complacida—. No eres de esos que tratan a una chica de color como a un objeto despreciable...

—No, no soy racista. Nunca lo fui —convine—. Ebony, hágame de Keith. ¿Qué tal tipo era?

—Inmejorable. Algo de mal carácter, muy egoísta, muy apasionado... al menos conmigo —soltó una suave carcajada. Me guiñó un ojo e inclinó el prominente torso sobre el borde del mantel—. Y generoso, ¿sabes? Tenía dinero. Y no le importaba gastarlo.

—Sí, sé algo de eso —recordé un cinco, tres ceros, el signo del dólar... y me estremecí. Aún estaba a distancias siderales de esa suma—. Ebony, ¿cuánto hace que tú y él...?

—Unos meses —suspiró ella—. Casi un año.

Agitó una mano, donde brillaban un anillo con un diamante y una pulsera de platino, con piedras preciosas. Observé las dos joyas de valor.

—¿Obsequio de él? —indagué.

—Sí. Y vestidos, dinero, regalos... Me alquiló un apartamento de lujo. Solo por un año, desgraciadamente. Me quedan unos tres meses. Luego me iré a otro peor, claro. Los Howard Keith no abundan. Oye, tú ¿cómo dijiste que te llamas? —su mano oscura, suave, acarició la mía. Subió, apoyando los dedos en mis labios.

—Mark, Mark Cain —besé la punta de sus dedos—. Pero no tengo un centavo, pequeña.

—¿Qué importa? —me sonrió ella, golosamente, con sus labios carnosos.

—Ni tengo atractivo. Soy más bien bajo, más bien feo, vulgar...

—¿Y qué importa? —repitió.

Esta vez pasó a mi lado. Me rodeó con un brazo. Sentí su piel cálida junto a mí. Su muslo rozó el mío.

—A mí no me importa —sonreí—. Pero a ti...

No me dejó seguir. Me besó. Eran labios que sabían besar.

—Ven a mi apartamento —dijo luego—. Cuando termine la sesión. ¿Vendrás, Mark?

—Sí —dije—. Iré, Ebony.

* * *

—Tiene usted unas ojeras horribles, Mark —me espetó malhumorada, Jill. Miró su reloj—. Además, son las once de la mañana.

—Cielos, se me pegaron las sábanas —mascullé, torpemente, mientras me bebía un trago de naranjada fría, de la pequeña cámara frigorífica.

—Pero no las de su cama —me replicó fríamente ella—. Estuve allí, a buscarle. Cerré la oficina por media hora.

—¡Oh...! —no supe qué decir. Rehuí su inquisitiva ojeadas como

pude. Tiró la americana a una silla—. Está bien, mamá Jill. El niño confiesa. No pasé la noche en casa. ¿Qué mil diablos ocurre para que fuese a mi casa esta mañana? Nunca lo hizo antes.

—Tenía que hacerlo, Mark. Hay algo urgente. Muy urgente. Y que solo usted puede hacer.

—¿Qué es ello? —el sueño, el mal humor y todo lo demás, huyó de mí ser. La contemplé, absorto.

—Llamó una mujer.

—¿Quién?

—Sue Crane.

—¿Sue Crane? —me encogí de hombros—. No la conozco.

—Ella a usted, sí. Quiere verle. Con urgencia. Sabe quién era el amante de Betsy Keith.

—¿Qué? —aullé, pegando un respingo.

—Se lo dije —Jill me amenazó con el dedo—. Era muy urgente. Por eso le buscaba.

—Podría ser una mentira, una fantasía... o una trampa. ¿Está segura de que ella dijo la verdad?

—Segura, no puedo estarlo. No sé nada. Pero ella parecía excitada. Y asustada. Me apremió. Usted debía ir lo antes posible a verla.

—Iré ahora mismo —fruncí el ceño—. ¿Por qué usted no pudo ir en mi lugar, Jill?

—Una chica no puede ir a ciertos sitios.

—¿Qué sitios? —volví a ponerme la americana, y de paso, metí en el bolsillo mi automática calibre 32, por si acaso.

—Donde le espera esa dama, Mark. Es... Es una residencia en los parques del Bronx. Una casa de mala fama, donde las damas de cierta clase reciben visitas masculinas.

—Entiendo —me pegué un golpe en la frente—. Dolls House. Oficialmente, club nocturno de lujo. Realmente, un lupanar de lujo, con damas de lujo...

—Eso es.

—Entonces, ella... esa Sue Crane...

—Es la directora del «negocio» —dijo sarcástica mi secretaria—. Es lo que ella misma explicó. Añadió que ella... ella tuvo algo con Keith.

—¡Cielos, qué tipo! —resoplé—. Tuvo que ver con todas las mujeres de Nueva York, a lo que veo...

—Ahora parece que ella es... la amiguita del examante de la señora Keith. Tiene miedo de algo. Y quiere decirle a usted quién es ese hombre... Según parece, Howard Keith le habló de usted. Ella nada dijo de su relación con el misterioso amante. Pero ahora algo sucede, está asustada... y quiere hablar. Pero «solamente con Mark Cain, el detective privado que trabajaba para Howard Keith», según sus propias palabras.

—Muy bien —admití, camino de la puerta—. Veamos lo que esa dama de dudosa condición tiene que decirme.

Fui a Queen. A Dolls House.

Encontré a Sue Crane. Era pelirroja, opulenta y seductora. Tenía unas piernas preciosas, y un cuerpo turbador.

Solo que no me impresionó desde el punto de vista sensual. Nunca me he sentido necrófilo, la verdad. Los muertos me causan solamente respeto e incomodidad.

Aunque el cadáver sea el de una mujer tan hermosa y asequible como Sue Crane.

Porque de Sue Crane solo había un cadáver cuando yo llegué a Dolls House.

El cadáver de una pelirroja asesinada.

* * *

—¿Otro asesinato, Cain? ¿Y usted por medio?

El mal humor y el recelo del teniente Barry Mac Lane, de Homicidios, era evidente. Y yo no pude reprocharle nada por ello. Tenía toda la razón para empezar a sentirse molesto conmigo. Y con mi facilidad para tropezar con cadáveres de personas muertas violentamente.

—Lo siento —dije, compungido—. Le aseguro que nunca estuve antes de ahora en Dolls House.

—¿Seguro?

—Seguro —reí—. No dispongo de cien dólares para entrar aquí y elegir pareja, como es la norma de los clientes. Y mi físico no es de los que vuelven tarumba a las mujeres. Le puedo jurar que es la primera vez que veo a Sue Crane.

—¿Por qué vino?

—Ella llamó a mi oficina cuando yo no estaba. Habló con mi secretaria, Jill Travers. Dijo que conocía la identidad del amante de Betsy Keith, su presunto asesino. Y ya ve; evidentemente, las dos cosas eran ciertas. Sue conocía al amante... y que este es el asesino.

—Si las cosas son como usted dice, pudiera ser que sí —dudó aún Barry Mac Lane.

—Compruébelo. Mi secretaria es persona de todo crédito. Hable con ella.

—Ya lo haré, puede estar seguro —se rascó su rojo pelo erizado, bajo el sombrero echado atrás. Miró alrededor, al suntuoso ambiente, rico en cortinajes, alfombras, espejos, luces cambiantes y cuadros eróticos. Dolls House era un prostíbulo para millonarios. Y estaba a la altura adecuada, ciertamente—. Cielos, qué lugar...

—No difiere mucho de uno en Greenwich Village, por ejemplo —reí—. Solo que allí vale diez dólares la entrada. La gente de dinero busca refinamientos, pero el fondo de la cuestión es el mismo; un lugar, una mujer, una alcoba...

—Etcétera, etcétera —me cortó, moralista y pudoroso, el teniente Mac Lane. Resopló, mirando el hermoso cuerpo de mujer, las bellas piernas desnudas, sobre la alfombra, la colcha lujosa, color magenta, tapando piadosamente su torso desnudo y su cabeza machacada—. Por todos los diablos, ¿quién haría esta atrocidad?

—Parece siempre el mismo. Su firma es la habitual; un impacto o varios en el cráneo de la víctima, con algo contundente. Un hierro oxidado, como un ancla; un objeto desconocido, como en el caso de Howard Keith y este...

—Pero tanto asesinato, ¿por qué?

—Me gustaría conocer la respuesta, teniente —suspiré—. Y no solo por los cinco mil prometidos. El canalla que hace esto merece lo peor.

—Por una vez estamos de acuerdo —admitió secamente el oficial de Homicidios. Paseó por la estancia, estudiando todo a su alrededor con aire crítico. Se detuvo junto a una amplia ventana abierta, asomada al bien cuidado césped del jardín de aquella casa de mala nota de Queens, especializada en clientes millonarios. Hizo notar, pensativo—: El asesino escapó por aquí, estoy seguro. Pero no entró por el ventanal. Observe el suelo del espacio de césped.

Está muy regado, completamente mojado. El sistema de riego es mecánico. Hubiera dejado huellas en la alfombra, como hice yo antes, al pisar la hierba. Y no hay ni la más mínima. Entró, pues, por la entrada principal.

—Aun así, no pudo ser visto. La casa estaba vacía, solamente estaba ella, teniente. De día, Dolls House parece una residencia normal. Sue Grane cuidaba de ella, evidentemente, en su condición de encargada del negocio y persona de autoridad aquí. No hay servidumbre. A día, ya lo hemos comprobado. Será inútil cuanto hagamos. Pero como usted dice, el asesino entró, quizá con llave propia, quizá llamando. Ella le recibió. Fue asesinada. Entre nueve y media y once, a juzgar por su llamada a la oficina, a las nueve y veinte minutos de esta mañana, como tiene escrupulosamente anotado mi secretaria. Y Jill es una chica metódica, no comete errores. Y el asesino, tras su agresión, prefirió huir por ese ventanal. ¿Por qué?

—Eso es; ¿por qué, Cain? Si entró por esa puerta... ¿por qué salió por el ventanal?

—Si valiera de algo mi deducción, yo diría que... porque algo o alguien dificultaba su salida normal en momento. Es decir; o llamaban a la puerta, o entraban... o estaba alguien al llegar, teniente.

—Eso es muy hipotético, Cain —dudó Mac Lane, encogiéndose de hombros con escepticismo—. No tiene ninguna evidencia de que esa fuese la razón.

—Pero lo fue —dijo una voz de mujer—. Lo fue, teniente. Yo entraba en la casa cuando el asesino huía...

Nos volvimos, sorprendidos.

Entonces conocí a Jayne. Y a su busto, claro.

* * *

Jayne y su busto.

Era como pensar en la morena Ebony y sus bellas piernas de oscuro bronce vivo. Si alguien se llamó una vez El Busto —creo que fue la ya veterana Jane Russell, casi cuando yo era niño—. Jayne Jones tendría que haberse llamado El Superbusto.

Nuestro infantiloides y quizá psicoanalítico complejo de busto de

buenos americanos, sufría un fuerte *shock* con semejantes ejemplares vivientes.

No había fraude. Ni engaño. Ni postizos. Aquello era simplemente... busto. Solo eso. Nada menos que eso. Las medidas torácicas de Jayne, creo que rompían todas las normas establecidas. Pero no resultaba monstruoso; quizá porque su alta estatura, su naturaleza poderosa, como de valquiria wagneriana, su melena larga, rubia platinada, formaban, con su impresionante torso opulento, un conjunto rabiosamente femenino y exuberante, digno de una caricatura de *play boy*.

Aquella hembra increíble, vital y poderosa que era Jayne Jones, cuyo nombre yo ignoraba entonces, llevaba, escuetamente, un bikini amarillo sobre su piel bronceada por el sol, y encima un corto albornoz o cosa parecida, anudado a la cintura, de modo hartamente precario. El panorama de su físico, así, era de una belicosidad estremecedora.

—Cielos —gruñó Mac Lane, perdiendo la compostura—. ¿Qué es eso?

—Creo que... una mujer —dije, pensando que se le erizarían los cabellos al oficial de Homicidios—. O tal vez cien. Pero parece una sola.

—Preciosa, ¿de dónde salió usted? —indagó el teniente Mac Lane, saliendo de su muy comprensible estupor de personaje masculino, para dar unos pasos hacia ella.

—De la nada —rio ella, agitándose sus curvas inquietantemente—. Me hice de la nada, teniente. ¿No me cree?

—Antes creería en marcianos y en cuentos de hadas —rezongó—. ¿Nos espiaba acaso?

—No, no —se ofendió ella—. Solo que oí lo que hablaban. Yo estuve aquí a las diez en punto de la mañana, teniente. Me fui, y he vuelto ahora. Uno de sus agentes me traía a su presencia. Él me informó de lo sucedido. Pobre Sue...

—Si usted estuvo aquí a las diez, sabía ya que ella estaba muerta —acusó Mac Lane.

—En absoluto —negó la rubia vikinga. Se irguió, adelantando el torso, y eso ya fue demasiado. Creí que eclipsaba el sol del ventanal—. Entré a recoger cosas mías de mi alcoba. Y me marché. Oí ruido en el jardín y en esta alcoba, pero, ¿cómo figurarme...? Sé que se

abrió el ventanal, porque hace un chirrido peculiar cuando se abre con fuerza.

Yo fui al ventanal. Probé abriendo y cerrando. Mac Lane y yo nos miramos. La rubia bomba tenía más razón que un santo. Aquello chirriaba endemoniadamente.

—¿Se fue sin ver a su amiga Sue? —insistió Mac Lane.

—Claro —bostezó ella—. Estaba cansada. Iba a tomar un baño en la playa,

—¿Ya lo tomó? —pregunté, imaginándomela en el momento de incorporarse en la arena, sin albornoz alguno.

—Sí —me miró burlona. A pesar de que yo no era un Adonis, me guiñó el ojo y cimbreado voluptuosamente sus caderas—. Oye, ¿tú eres un nuevo cliente?

—No —rechacé—. Soy Mark Cain, detective privado.

—¡Un detective! Fascinante... —pareció algo defraudada—. Pero los imaginaba distintos...

—Sí. Guapos como Paul Newman, duros como Sinatra —mascullé, irritado—. Oye, rubia, ¿cómo te llamas?

—Jayne —dijo—. Jayne Jones.

—¿Trabajas aquí?

—Sí —afirmó. Puso un gesto agresivo—. ¿Eso es un delito?

—No lo sé —refunfuñó con ira el teniente Mac Lane—. ¿Conocías al novio de Sue Grane?

—¿A Barnaby Cole? —indagó con ingenuidad, abriendo mucho sus ojos azules.

—¿Quién? —brincó Mac Lane.

—Barnaby Cole dije. El mismo que supone, teniente. El magnate de los astilleros, los yates, los pesqueros y todo eso. Era el último amor de Sue.

—Vaya con Sue... —medité en voz alta—. Keith, Cole... y posiblemente otro más. Si este y Cole no son la misma persona, claro.

Mac Lane me miró de reojo con disgusto. Sin duda no le gustaba el cariz que iba tomando el asunto. Y pronto supe por qué.

—No se le ocurra decir nunca una cosa así en voz alta —señaló—. Cole podría meterle de por vida en prisión. Tiene abogados hasta en los bolsillos de la americana. Los mejores del país. Es un

«intocable». Cualquier cosa que se diga contra él puede ser calumnia, injuria, difamación y todo eso.

—Conozco la especie. Se mueren como todos los demás, teniente.

—Sí, pero hasta que lo hacen, pueden causar daño a mucha gente. No le acuse de nada ni sugiera nada contra él. Olvide lo que ha dicho esa damita rubia, en tanto no haya evidencias rotundas de que hizo algo feo. Y no creo que nunca las haya.

—Oye, preciosa —dije a la bomba rubia, evitando perderme entre los recovecos de su figura de ánfora—. ¿Había alguien además de Cole?

—Muchos —se encogió de hombros—. Sue tenía «gancho» para eso. Tú lo dijiste antes, sabueso. Howard Keith era uno de ellos. Se llevaban muy bien.

—¿Quién podía estar aquí esta mañana y tener llave, conocerse el lugar o cosa parecida? —indagué.

—Cole, desde luego —afirmó ella—. Tiene llave de la casa. Seguro. Es de los que pagan fuerte. Tiene privilegios especiales.

Mac Lane y yo nos miramos de soslayo, sin comentar nada. Pero pensábamos lo mismo.

—¿Nadie más tiene llave, o visitaba a cualquier hora a Sue? —apuntó Mac Lane.

—Que yo recuerde, solamente podía haber uno en esas circunstancias.

—¿Quién? —quiso saber Mac Lane. Y aunque yo no pregunté nada, me sentía tan intrigado como él.

—Paul Brewster.

—¿Brewster? —dudó Mac Lane arrugando el ceño—. Me suena... ¿Dónde oí antes ese nombre?

—Es posible que lo haya oído —sonrió frívolamente Jayne Jones. Se inclinó para tomar un cigarrillo de un estuche de sobremesa, pero el teniente puso su mano, enérgico, rechazándola. No se podía tocar nada de la habitación del crimen. Pero al inclinarse, Jayne reveló profundidades anatómicas increíbles. Me quedé sin aliento. Y supongo que también el buen oficial de Homicidios. Pero ambos lo olvidamos todo, cuando aquella rubia preciosidad rica en supercurvas, nos soltó la bomba—. Paul

Brewster es hermano o hermanastro de la millonaria que se casó con Howard Keith, esa dama que murió en alta mar, Betsy Keith... De soltera se llamaba Betsy Brewster.

* * *

—Paul Brewster, será mejor que diga la verdad.

—Ya se la he dicho, teniente. No tengo nada que ver con todo este asunto.

—Escuche, Brewster. Hemos estado persiguiendo posiblemente a un fantasma —acusó Mac Lane duramente—. Usted sabe bien, aunque vivía alejado de su familia, repudiado por su propia hermana...

—Hermanastra —rectificó fríamente aquel desagradable, agresivo joven de larga melena, facciones afiladas, ojos ardientes y expresión eternamente burlona, llena de sarcasmo y desprecio hacia los demás—. Hermanastra solamente, teniente... gracias a Dios. Y a mi madre, que no era la suya.

—Bien; hermanastra —resopló el policía—. Repudiado por ella, dije. Y por su cuñado.

—Eran dos cerdos. Dos ejemplos vivos de lo que es el ciudadano de hoy, la persona rica y despreciable, sin conciencia ni honestidad en nada.

—Mire, Brewster, no estoy aquí para moralizar, ni para escuchar mítines sociales o políticos —cortó Mac Lane, áspero—. Los panfletos me irritan. Quiero saber por qué estuvo usted chantajeando a su hermanastra, a su cuñado, y a todo el que pudiera darle dinero para vivir de la holganza, hacer deporte como un niño rico, sin trabajar jamás ni hacer nada útil para los demás.

—Váyase al diablo, teniente —se irritó el interrogado—. Yo no chantajeaba a nadie. El dinero de Betsy era tan suyo como mío. Solo que ella me dio un simple bocado, una migaja, quedándose con todo el festín. De vez en cuando sentía compasión de mí, o le remordía su escasa conciencia... y me enviaba algo. Eso era todo.

—Miente. Los ingresos que figuran en su cuenta son esporádicos, irregulares. Y fueron en aumento. Hay dos tipos de ingresos; los de su hermanastra, y los de su cuñado Howard. Usted extorsionaba a ambos. He averiguado cosas sobre usted. Se dedica

al chantaje cuando no hay nada mejor. O a vivir de mujerzuelas como Sue. Si le cierran la espita del dinero se pone duro, violento. Ha causado lesiones a varias. Tengo informes sobre eso.

—Bien, ¿y qué? —se enfureció él, incorporándose, con sus manos apoyadas en los ceñidos *blue jeans*. Desafió a Mac Lane—. Pagué por esas cosas. Multas, meses de prisión incluso... No tiene nada que reprocharme porque alguna vez diera un buen escarmiento a una mujerzuela cualquiera.

—A veces, Brewster, se pasa uno de la raya. Se da un mal golpe... y se mata a una persona.

—¡Eh, espere! —aulló, furibundo—, ¡No van a colgarme a mí los asesinatos que cometa ese puerco con el que se entendía mi hermanastra!

—Brewster, usted siempre anda por ahí practicando deportes caros, viviendo como un rey, y propugnando un mundo mejor, más justo y más libre, pero sin hacer nada por edificarlo con su propio esfuerzo. Estoy harto de los tipos como usted. Sé que extorsionaba a su propia familia, o ellos no le hubieran enviado un centavo, porque no se lo merece. Sus padres le desheredaron. Betsy se portó demasiado bien con usted al entregarle algo de la herencia. ¿Y usted qué hizo? Dilapidarlo, malgastarlo por ahí...

—¡Eso es asunto mío! ¡No puede acusarme de chantaje, yo no soy culpable de nada!

—Brewster, todos hemos pensado que el misterioso amante de su hermanastra pudo ser el asesino, pero, ¿por qué no otra persona? Alguien a quien se le negó de repente dinero, y sabiendo que ella tomaba ese yate la siguió o subió a bordo a escondidas... discutiendo ambos, golpeándola sin querer o queriendo... y ocultando luego el cuerpo atado al ancla. Después, Howard, al sospechar acaso de usted, tuvo que desaparecer de escena. Igual que Sue, que posiblemente, además de hablar del amante de Betsy, le mencionaría a usted, y mencionaría sus «hazañas». Es posible, Brewster, que Betsy llevase a bordo alguna suma de dinero importante, y usted aprovechara para quedarse con ella, incluso.

—¡Está diciendo tonterías, maldito polizone! —rugió el joven Brewster, lívido, exaltado—, ¡Es como todos los de su calaña, que solo buscan aplastarnos a los jóvenes, hacernos pedazos en nombre de una falsa justicia, de una pretendida democracia que no existe!

¡Son vasallos de los poderosos, esbirros de los criminales! ¡Malditos sean todos!

Y se arrojó sobre Mac Lane para golpearle.

No sé si el teniente se hubiera podido defender por sí solo de aquel energúmeno, pero por si acaso intervine. Hasta entonces y a petición del teniente Mac Lane, había sido yo un pasivo, silencioso testigo del interrogatorio en el Departamento de Homicidios.

Ahora pasé a ser un elemento activo siquiera por un momento.

Brinqué, frenando al joven Brewster. Él se revolvió, tirándome un seco golpe digno de un buen luchador de karate. El tipo sabía lo que se hacía. Si me acierta, me derriba como un saco. Pero finté, eludiendo el impacto. Y a mi vez, le di el contragolpe adecuado, porque yo también tenía suficientes nociones de karate para ello.

Cayó como un fardo sin un gemido siquiera. Mac Lane resopló, con sus puños cerrados en posición defensiva. Me miró, agradecido.

—Eso estuvo bien —masculló—. Gracias, Cain.

—No tuvo importancia —miré fijamente al caído—. El muchacho es duro de pelar, ¿eh, teniente?

—Sí, mucho —admitió él con aspereza.

—¿Cree de veras que pueda ser culpable de tres asesinatos? —dudé.

—No lo sé aún. Pero voy a intentar probarlo. Y si demuestro que él estuvo en el yate aquel día, habrá puesto su soga al cuello, esté seguro.

Entonces no creí que lo lograra. Pero Mac Lane pudo probarlo. Paul Brewster estuvo con su hermanastra a bordo del yate. Lo negó repetidamente, pero sus huellas, unas gafas submarinas alquiladas en el Club Náutico de Staten Island, justamente el día de hacerse ella a la mar con el yate, halladas en uno de los camarotes de la embarcación, la identificación del joven Brewster como la persona que adquirió todo el equipo de inmersión, devolviéndolo luego con la sola ausencia de esas gafas, fueron demasiadas evidencias.

Terminó confesando que había ido a bordo y discutió con su hermanastra sobre dinero, marchándose después, nuevamente a nado hasta tierra, y dejándola sola a ella. Pero ya era tarde. Y Mac Lane, tozudo y paciente, había logrado hallar evidencias de que Brewster estuvo visitando a Howard Keith, justamente el día de su

asesinato.

Eso era ya suficiente para iniciar el proceso. Y se inició.

El fiscal del distrito aceptó el caso. Paul Brewster iba a ser acusado de triple asesinato en las personas de Betsy Keith, su hermanastra, de Howard Keith, su cuñado, y de Sue Crane, una ramera de lujo amiga suya...

Yo estaba seguro de que eso era un error. Brewster era profundamente antipático, pero no era culpable.

Solo que yo no podía convencer a nadie de ello. Y no tenía prueba alguna para refutar las de la policía.

Quizá por eso, como último y desesperado esfuerzo por ver algo claro, fui a los lugares que el abogado Lester Murray me indicara: el Club Náutico de Staten Island y la Posada de las Ostras, en Greenport, Long Island,

Dos lugares frecuentados habitualmente por Betsy Keith. Dos lugares donde podía encontrar a la persona por cuya identificación recibiría yo cinco mil dólares: el amante desconocido de Betsy.

Para mí, a pesar de todo, el único asesino posible.

CAPÍTULO IV

ALLÍ estaba el yate de los Keith.

Anclado en el embarcadero, junto a otras embarcaciones de recreo igualmente lujosas y caras. Meciéndose ante la pasarela de madera lustrosa, que corría a lo largo de la zona de embarcaciones pertenecientes a socios del club. Y ser socio de clubs como aquel, suponía ser gente social y económicamente muy fuerte. Como los Keith. Como un magnate de yates y astilleros, a la usanza de Barnaby Cole.

Barnaby Cole. El «intocable», que dijera Barry Mac Lane. Allí estaba.

Vi su yate. A menos de cien yardas del de Keith. Su distintivo lo pregonaba:

«Albatros. Staten Island, N. Y. - Propietario: B. Cole.»

Al lado de aquel yate, el bello barco de Keith era una humilde lancha a motor. El Albatros era una blanca, afilada, esbelta embarcación, al menos con capacidad para un centenar de personas.

Algunos marineros, uniformados de blanco y azul celeste, cuidaban de la cubierta. Un hombre alto, de tez bronceada, cabello oscuro, salpicado de canas y patillas plateadas, con chaqueta azul marino y pantalón gris perla, impecable, descendía por la pasarela. Le seguían dos hombres con cara de *bull-dogs*, anchas espaldas y chaquetas rugosas, mal cortadas. Ambas, eso sí, con un bulto más que sospechoso bajo la axila izquierda.

Guardaespaldas. «Gorilas», en suma. Aquel debía de ser Barnaby Cole, el magnate. Le miré, pensativo. Él me ignoró. Sus «gorilas», no. Me dirigieron una recelosa ojeada de soslayo. Luego, me eché a reír. Cole, sorprendido, me dirigió una fría ojeada calculadora.

—Bonito barco —comenté, señalando el Albatros—. A Sue

Grane le debía gustar, ¿eh?

Fue como darle un alfilerazo súbito, o tocar un centro nervioso. El hombre elegante, bronceado, de cabello salpicado de plateadas canas, se encogió, con sobresalto. Su mirada se hizo glacial, agresiva. Sus «gorilas», rápidos, le flanquearon, midiéndome con aire hostil.

—¿Quién es usted? —preguntó él, acerado.

—Mark Cain —dije—. Detective privado.

—Lárguese lejos de aquí —silabeó—. No me gustan los sabuesos particulares. Apestan.

—Acostumbro a ducharme y usar buenos desodorantes, aunque no tan caros como los suyos —repliqué.

—No se haga el gracioso. Ya me entendió. Ustedes son basura. Huelen a podrido.

—Sue Crane pronto olerá a podrido —dije, pensativo—. ¿La vio en la Morgue, Cole?

—Señor Cole —me rectificó, helado—. Se lo he avisado. Fuera de aquí. Avisaré al club. Si no se larga en cinco minutos, le arrojarán al mar antes de ponerle fuera del recinto.

—No creo que lo hagan —reí—. He pagado cien dólares para entrar. Eso da derecho a un día en el club, según los reglamentos.

—Cien dólares... Debe sobrarle el dinero, sabueso —me espetó, despreciativo—. Pero tampoco le da derecho a visitar la zona de socios. Y esta lo es. ¿Se va... o le echan mis hombres?

—Pueden intentarlo —sonreí. Y me quedé plantado ante ellos—. Pero eso no va a evitar que usted, por muy poderoso que sea, siga bajo la lupa de la policía, señor Cole. Era el amiguito de la pobre Sue. Tiene llaves de Dolls House. Pudo ser también amigo de la señora Keith. Veo que, en cierto modo, eran vecinos. Como sus yates...

—¡Ya basta! —cortó, enfurecido—. ¡A él, Stark, Benny!

Stark y Benny, los dos angelitos con cara de perro rabioso y orejas de coliflor, se vinieron contra mí, obedientes a la voz de su amo como cierta vieja marca gramofónica. Yo los esperaba ya.

Me eché atrás, aferrándome de la cuerda que colgaba a ambos lados de la pasarela del embarcadero, orlada de bombillas para la luz nocturna. Resistió, pendulé violentamente, y aterricé contra sus

duras cabezas. Los vi rodar bajo mi impulso, y nos enzarzamos, ya en las tablas del embarcadero en una furibunda pugna.

Pude conectar un seco golpe al hígado con el codo a uno de ellos. Se quedó seco, sin aliento, y me pude dedicar al otro, a quien, tras recibir en mi estómago sus nudillos, como cuatro cargas de dinamita silenciosa, logré hincar la rodilla en su vientre, mientras mi zurda le estrellaba un mazazo escalofriante en la sien. Se quedó inerte

El anterior se recuperaba ya. Le vi llevar mano, decidido, a su pistola. Evité que la empuñara con un golpe de canto sobre su codo, que le hizo aullar de dolor, mientras daba volteretas por el embarcadero. Me dispuse a rematarle.

Entonces me remataron a mí.

Tuvo que ser el propio Cole. Pero tras de mí, algo contundente, macizo, acaso un madero, acaso una porra o una pistola, se estrelló en mi nuca, tras silbar en el aire. Perdí aliento, aire, luz y todo lo que a uno le mantiene despierto.

Me rodearon negruras, y me hundí en ellas sin sentir ya nada.

* * *

Para un sitio caro y *snob*, como Oyster Inn, en Greenport, Long Island, centro de venta y degustación de mariscos, especialmente de las ostras atlánticas que le daban su nombre, mi aspecto no era demasiado bueno. Pero mi dinero sí lo era, y tendrían que aguantarse.

La chaqueta manchada de sangre, lo mismo que la cara y el cabello, los cortes y heridas, los rotos en mis ropas, eran lo visible de la paliza. Lo que nadie podía ver iba, por dentro. Me dolía condenadamente el mentón, las sienes me martilleaban, ardía mi cabeza y mi torso y piernas eran una pura magulladura.

Los hijos de perra se habían ensañado a placer. Creo que ni una pulgada cuadrada de mi epidermis debía estar sana, bajo las ropas. Y todo eso tuvieron que hacerlo durante mi inconciencia, como lo hacen los cobardes y rastrosos.

Odiaba a Benny y a Stark, pero infinitamente más a Barnaby Cole. Él debió ordenarles aquel «escarmiento». Los habituales métodos de los caciques. Una buena paliza para que uno no vuelva

a molestarles. No sabían a quién había dado. Maris Cain no era como los demás.

Algún día iba a devolverles a él y a sus cochinos bastardos, golpe por golpe y dolor por dolor. Pero cuando estuvieran bien despiertos no aprovechándome de su impotencia. También es posible que les arrojara a un callejón, entre basuras, como hicieron conmigo, y como desperté tras la pelea en el embarcadero del Club Náutico de Staten Island.

Sí, puede que lo hiciera, pero de momento no estaba en condiciones de hacer nada.

El portero del Oyster Inn me miró en silencio sin hacer comentario alguno. Luego me dejó pasar, aunque con evidente disgusto, apenas puse yo un billete de diez dólares en su mano.

Entré. Era un bonito lugar, imitando una posada marinera. Artesanado, vigas, fanales, mascarones de proa, cosas así. Y música de ambiente, aire acondicionado. Y mariscos. Y gente selecta y no muy abundante.

Miré a la mesa del fondo. Ella había acudido a mi llamada telefónica al popular club de *jazz* de la Cincuenta y Dos en Brodway, el Birdland. Ebony, morena y atractiva, estaba allí. Esperándome, sonriente. Incluso con su vestido amarillo limón, tan en contraste con el suave canela de su piel mezclada.

—Hola —saludé, sentándome junto a ella.

—Hola —respondió ella, melosa. Me miró—. ¿Qué pasó? ¿Te pilló el tren?

—Una locomotora y dos vagones —dije, con una risita—. ¿Se nota?

—Estás hecho una lástima.

—Sí, eso creo —ajusté el nudo de mi corbata, como si eso sirviera de algo. Miré en torno. Y me erguí, sumamente interesado—. Vaya, vaya... Preciosa pareja, ¿eh?

Ellos dejaron de besarse. No sé si me oyeron o me intuyeron. Ella me guiñó un ojo. Y él sonrió, agitando una mano amistosa. Incliné la cabeza.

El busto de Jayne Jones resaltaba allí como en cualquier lugar del mundo. Además, ella sabía hacerlo resaltar, aunque eso no fuera ninguna ciencia. El honorable Lester Murray, abogado de los

Keith, no se despegaba de ella ni con agua hirviendo. Sabía lo que se hacía el tipo. Pero me sorprendía verle con Jayne. Y a él no le había gustado demasiado verme. A Jayne parecía tenerle perfectamente sin cuidado.

—¿Los conoces? —Ebony dirigió una ojeada crítica a la dama rubia y a su torso.

—Un poco —asentí—. ¿Celosa, querida?

—No creí que fueras un conquistador. Y menos de ciertos ejemplares femeninos...

—No me interpretes mal. Es solo amistad.

—Con mujeres así lo último que un hombre tiene es amistad.

—Puede que tengas razón, Ebony. Pero ya te lo explicaré. Ese hombre es el abogado de Keith. Creí que lo conocerías. Él te conoce bien a ti.

—Nunca me fijo en los ahogados. Los detesto, Mark —le rodeó los hombros con su moreno brazo—. Ahora deja de hablar de nadie. Hablemos de ti y de mí. ¿Por qué me citaste aquí esta noche? Creí que ya ni te acordarías de mí...

—Hay cosas que no se olvidan —sonreí—. Tú eres una de ellas. Vamos a saborear unas excelentes ostras con vino blanco, y de paso charlaremos. Quiero hablar con alguien, cambiar impresiones. Y tú eres una excelente compañera, Ebony. Además, puedes contarme algunas sosas de Howard Keith.

—¿Aún estás con eso? —se extrañó ella—. Leí en los diarios que el culpable está preso ya. Y que será condenado. Un hermanastro de ella, ¿no?

—Sí. Paul Brewster. Un «rebelde sin causa», como dicen ahora. Pero no estoy convencido. Ha de haber algo más. Y eso quiero que lo estudiemos tú y yo ahora, Ebony...

—Lo siento, señor —el camarero al que habíamos llamado se detuvo delante nuestro, cortés y frío—. No puedo servirles.

—¿Por qué no? —me sorprendí—. Mi aspecto es malo, pero no tanto. Y mi dinero es como el de todo el mundo.

—No se trata de eso, señor, sino de... de la señorita que le acompaña...

—¿Cómo? —enarqué las cejas. Miré a Ebony. Luego al camarero—. Explíqueme eso, ¿quiere?

—No, Mark —me contuvo ella—. Déjalo. Vale más que nos vayamos.

—Espera —atajé—. Camarero, ya me escuchó. ¿Qué le pasa a esta señorita?

—Bueno, señor... Es que no es norma de la casa... admitir... parejas... mixtas. Ya me entiende, señor.

—No, no le entiendo —dije con tono áspero, aunque ya lo creo que le entendía—. ¿Qué entiende este negocio por «parejas mixtas»?

—Bien, es muy violento tenerlo que decir, señor, pero... pero parejas de raza diferente, no... no son atendidas por la casa. En una norma de la empresa...

—Me gustaría saber quién es la empresa de este cuchitril —dije, agresivo.

—Yo, señor. Y no admito negros en mi negocio. ¿Desea saber más?

Me volví violentamente. Me quedé mirando con fría ira al hombre que hablara.

—Sí —dije—. Quiero saber qué clase de bastardo es usted.

Y disparé violentamente mi puño. Creo que iba en él toda mi furia, mi afán de revancha por la paliza sufrida, la dinamita de mi belicosidad espoleada.

Vaya si se notó. El propietario del Oyster Inn salió proyectado como un pelele, y se derrumbó contra una mesa, desgajándola y arrastrándola consigo, en su cómica caída, entre sillas astilladas, estrépito, copas y platos rotos.

En el acto me rodearon varios camareros. Uno corrió al teléfono. Otro silabeó:

—Va a responder usted de esto ante la policía, amigo.

Lester Murray, el abogado, había dejado a Jayne en su mesa, acudiendo rápido a mí.

—Pero, ¿qué diablos ha hecho? —masculló, furioso—. Se ha metido en un buen lío... El propietario de este local es Terence Goldman, socio de Cole, y posible alcalde de Nueva York en las próximas elecciones...

Todo eso ya lo sabía yo cuando pegué a Goldman. Quizá por ello di tan fuerte...

—¡Terence Goldman! ¿Es que se ha vuelto loco, Cain?

—No creo, teniente —sonreí con cinismo—. Sencillamente, me gustó lo que hice.

—Goldman es uno de los hombres más ricos del estado. Y de la costa atlántica.

—Oh, lo sé, lo sé. Otro «intocable», como su socio, Barnaby Colé.

—Peor que eso. Además es político. Va a presentarse candidato de su partido a la alcaldía de Nueva York. ¡Y usted, en su propio negocio, le golpea violentamente solo por... por defender a una muchacha negra!

—Por defender a una mujer, teniente —rectifiqué, afable. Luego reí entre dientes—. Pero, desde luego, eso es lo que pienso decirle a la Prensa cuando me interrogue ahora antes de ser procesado por escándalo público,

—Cain, el propio Goldman me ha telefoneado —masculló de mal humor Mac Lane—. Ofrece retirar sus cargos si usted se niega a hablar con los periodistas a quienes ha convocado.

—¡Oh, claro! Él sabe que mi declaración, debidamente aireada, le costará todos los votos de Harlem... Y eso pesa en unas elecciones. Mi respuesta es: no. No, teniente. Hablaré. Diré la verdad. Ebony Carroll es una mujer. Pero también es una mujer de color. Diré todo tal como fue.

—Goldman le hará pedazos, maldito obstinado —se enfureció Mac Lane—. ¿Qué le importa a usted que él pierda las elecciones al precio de verse metido por un año en prisión?

—Es un precio barato para que ese cerdo no represente a mi ciudad, Mac Lane. Y usted lo sabe.

—Yo no quiero saber nada. Pero se está buscando demasiados enemigos últimamente, Cain. Cole, Goldman... El abogado Murray también está furioso. Él representa legalmente a Goldman, y todo esto le crea problemas...

—También me los crea a mí. Lo siento por él.

—¿Se puede saber qué diablos anda buscando? El culpable es el joven Brewster, estoy seguro. Será condenado a muerte. Terminó el

asunto, Cain.

—Yo no busco un asesino —sonreí, sardónico—. Solamente al amante de una dama casada. Recuerde que eso me reportará cinco mil dólares. Keith no especificó si ese amante tenía que ser culpable de asesinato o no.

—No se meta en líos. Puede haber algo sucio escondido, y salpicarle a usted. La gente de cierto nivel social es peligrosa de manejar.

—He empezado a aprenderlo —reí—. Pero precisamente porque lo he aprendido, teniente, seguiré adelante. Daré con ese amante desconocido. Sea como sea. Y probaré que lo fue.

No debí estar tan seguro de mí mismo.

Justamente a la noche siguiente, alguien disparó contra mí.

Y me asesinó.

CAPÍTULO V

—**E**S el fin de mis recuerdos —suspiré.

Candy Miller me examinó, curiosa. También el doctor Mankiewicz. Ambos habían escuchado atentamente la historia. Además de recordar, necesitaba hablar con alguien. Ellos me parecieron idóneos para ello. No tenían nada que ver con el asunto. Eran ajenos a mi mundo de detective privado.

—Para no ser un Apolo, tenía bastante éxito con las mujeres —comentó Candy, risueña.

Me encogí de hombros. Dejé vagar la mirada por la amplia galería abierta, en la que tomaba el fresco aire de las montañas del norte del estado de Nueva York, muy lejos de la ciudad.

—Resulta chocante saber que uno tiene otro cuerpo, otro rostro... —comenté—. Me considero como un monstruo, como algo en desacuerdo con las leyes de la Naturaleza, doctor.

—No es nada de eso, Cain —rechazó el médico, casi airado—. Entra dentro de lo perfectamente natural que el ser humano luche contra sus propios males. Es un simple acto de autodefensa. Yo no le he sacado de entre los muertos, ni le he vuelto a la vida. Clínicamente, un ser humano sigue vivo, mientras lo estén los impulsos de su cerebro. El corazón es solamente una válvula, un mecanismo de bombeo. Nuestra mente rige la vida y la condiciona. Lo que hice fue salvar su cerebro. Usted es su propia mente. El cuerpo solo es una envoltura, un físico aplicado a un modo de ser y de pensar. Si un hombre sobrevive perdiendo brazos y piernas, y con su rostro deformado por el fuego, sigue siendo él mismo, por hermoso que fuese antes dentro de una envoltura lisiada e irreconocible. Su caso es el opuesto. Otro hombre dejó de existir porque su mente se paralizó total, absolutamente. Él sí era un cadáver. Fuerte, atlético, joven, vital. Teníamos esos dos elementos

básicos: un cerebro y un cuerpo. Los complementamos mutuamente. Se venció el rechazo, que es el terrible enemigo de todo trasplante o injerto. Se venció el período postoperatorio. Se ha vencido todo. Usted sigue siendo Mark Cain. Piensa, existe, es y obra como Mark Cain. Lo demás es nuevo. Debe adaptarse a ello, eso es todo.

—Cielos —musité—. Me estoy adaptando, doctor, pero ¿quién fue el donante?

—Lo sabrá a su debido tiempo —sonrió el médico—. Ahora va a salir ya de aquí. El día en que lo haga, sabrá de quién es su rostro y su físico actuales. Pero piense una cosa; es el de un hombre sin familia. Investigamos eso previamente. No hubo reclamaciones. No fue preciso pedir autorización alguna. No debe sentir escrúpulos. Goce de su nuevo físico. Y viva, Cain. Ya, superado el período de observación, puede iniciar la nueva existencia.

—¿Normal por completo?

—Normal del todo, no. Le daré una serie de indicaciones que debe seguir. Vendrá a mi consultorio periódicamente. Es todo.

—Sí, doctor —acepté, pensativo—. Seré un buen paciente, esté seguro.

—Debe serlo. Es un caso excepcional. El primero... Habrá otros, claro. Será tan simple con el tiempo como fue con el corazón de Waslikansky o de Blalfoerg... pero con éxito.

—Sigo opinando que es diferente. Un... Un cerebro.

—Fundamentalmente, es lo mismo. Solo que la situación es socialmente distinta. Cuando se haga público esto, se le mirará en principio como a un fenómeno, estoy de acuerdo. Pero solo al principio, Cain.

—He tenido mucha suerte —comenté entre dientes—, Precisamente yo...

—Alguien tenía que ser el primero. Le tocó a usted, Cain. ¿Que piensa hacer en el futuro?

—No sabría hacer otra cosa, doctor Mankiewicz —contesté—. Creo que seguiré siendo lo que siempre he sido; detective privado.

—Con ese físico podría ser actor de cine, deportista... —Candy Miller, mi enfermera, suspiró ahogadamente—. Créame, Cain. Es usted un hombre atractivo, guapo, fascinante. Ahora las mujeres

van a ir locas por usted cuando le vean...

Me dejó sorprendido. Me miré, pensativo, en el cristal abierto de la vidriera de la amplia galería asomada al verdor frondoso de los Adirondacks. Vi mi nueva figura alta y armoniosa, atlética y enjuta. Mi nuevo rostro bronceado y viril, mis ojos penetrantes, mi cabello rubio oscuro, rebelde y confuso...

—Quizá tenga razón, Candy —acepté—. Pero sigo viendo a un extraño en cualquier espejo. Para mí, ese no es Mark Cain, sino alguien desconocido que me ha prestado su cuerpo, como en un viejo cuento de hadas o en un relato de magia negra...

—Y sin embargo, es usted. Usted, Mark Cain, detective privado —me recordó con energía el doctor Mankiewicz.

—Tiene gracia —reí entre dientes, casi con histerismo—. Mucha gracia, doctor...

—¿Qué es lo que encuentra gracioso?

—Todo. Pero especialmente tiene gracia pensar en que, si ahora me viese cara a cara mi asesino, el hombre que apretó el gatillo del arma silenciosa de aquella noche, no sabría que yo soy Mark Cain. Ni lo aceptaría siquiera... aunque se lo jurasen.

—Tendrá que aceptarlo —suspiró el doctor Mankiewicz—. Cuando lo sepan por los periódicos, Cain...

Asentí. Apenas empecé a mover afirmativamente la cabeza, me detuve. Algo ocurrió dentro de mí. Me volví bruscamente. Miré al cirujano. Adelanté un brazo. Mis dedos, mis nuevos dedos fuertes, nervudos, de hombre atlético, se cerraron con fuerza sobre su muñeca.

El notable cirujano, el primer neurólogo del país, torció el gesto con dolor.

—Me hace daño, Cain —se quejó—. ¿Qué le ocurre ahora?

—Doctor Mankiewicz, usted ha hecho el prodigio clínico. Pero yo soy el sujeto de su experimento, ¿no es cierto? —pregunté con voz ronca.

—Sí, claro. ¿A qué viene eso?

—Como parte integrante de su gran sueño científico puedo exigirle algo. Pero no deseo exigir, sino pedir, suplicar. Algo, doctor, a cambio simplemente de... de esta maravilla a la que yo me presté, aunque con ella haya salvado mi vida. O, al menos, la

vida de mi cerebro.

—Siga. No le entiendo. ¿Adónde quiere ir a parar, Cain? —frunció el ceño el neurocirujano.

—A esto, doctor —respiré hondo—. No diga nada a radie.

—¿Qué? —jadeó el médico, asombrado—. ¿Pretende que... que una obra así... quede oculta en el anónimo? Imposible, Cain. Imposible. Ya se rumorea algo, se sospecha, se habla... Debo hacer una declaración oficial lo antes posible. Y presentarle como la nueva revolución de la técnica quirúrgica de los trasplantes. Forma parte del juego, usted lo sabe y lo aceptó...

—Doctor, entiendo sus motivos profesionales, pero... pero necesito tiempo. Un plazo, el que sea. Breve, si quiere. Deme un plazo. Durante el mismo, no diga nada. No revele a nadie todavía el asunto. Y yo estaré libre por ahí actuando como actuaría cuando era el Mark Cain inicial...

—Cain, eso... eso puede ser muy arriesgado. No puedo acceder...

—Escuche esto, doctor. Puede usted hacer con esto algo más que salvar mi propia vida e iniciar una nueva era en la Medicina y la Cirugía. Puede ayudar a un hombre que va a ser ejecutado, si no ocurre algo que lo impida. Paul Brewster ha sido condenado a la silla eléctrica. Será ejecutado. Yo sé que no es el asesino. Quiero capturar al auténtico culpable, ¿comprende? Y yo... yo, con mi nuevo físico... puedo lograrlo. Nadie sabrá que soy Mark Cain. Nadie lo imaginará ni en sueños. Y puedo ir muy lejos, doctor. En muy poco tiempo, además...

—Tiempo... Cain, es una locura, pero... —el doctor Serge Mankiewicz se pasó una mano nerviosa por la frente empapada de transpiración—. Tengo poco tiempo. Muy poco. Dentro de un mes... hay una convención mundial de Neurocirugía. Antes de esa fecha, al menos unos días antes, debo tener todo a punto, preparar mi tesis... Y usted no puede salir a hacer una vida relativamente normal antes de ocho o diez días más. Aun así, con reservas, eludiendo esfuerzos, violencias excesivas. Imagine un fracaso a estas alturas... Toda la obra de una época derrumbándose... y usted mismo con ella.

—Doctor, me hago cargo —hablé, excitado. Me incliné hacia él—. Deme... Deme solamente diez días. Solo diez días de tiempo...

sin revelar nada a nadie.

—Diez días... —humedeció sus labios, agitó la cabeza, nervioso. Al final, lanzó una imprecación—. ¡Qué diablos, es un error, una torpeza, pero... está bien! Tiene diez días, Cain. A partir de una fecha, dentro de otros diez días... será libre por esas diez fechas más. Y luego regresará al hospital. Si es que sobrevive a esa tremenda prueba...

—Sobreviviré, doctor —prometí, con rara energía—. Descuide. Nadie va a asesinarme por segunda vez...

Y creo que nunca me sentí más seguro de nada en mi vida.

* * *

Diez días.

Diez fechas de plazo. A partir de ahora. De ahora mismo.

Salí del edificio, en los Adirondacks, al norte del estado de Nueva York. Respiré a pleno pulmón el aire, rico en aroma a abetos y a hierba fresca y jugosa.

—Cielos, es como nacer de nuevo —susurré.

Luego, entré en el automóvil «Ranger» que conducía el doctor Davies, ayudante de Serge Mankiewicz. A mi lado se puso este y la enfermera Candy Miller. Iniciamos el regreso a la ciudad de Nueva York.

Miré atrás, cuando las tierras agrestes y límpidas del norte quedaron a nuestra espalda, mientras seguíamos la cinta de asfalto hacia Albany.

—Había empezado a tomarle cariño al lugar —dije, viendo desaparecer tras una loma el tejado de pizarra de la rústica casa de recuperación donde el cirujano me mantuviera aquellos interminables meses—. Ha sido todo tan diferente a lo que hasta ahora fue mi vida...

—Comprendo lo que siente —sonrió Mankiewicz—. Solo espero que, desde ahora, sepa hacer buen uso de lo que Dios ha permitido que se le concediera. Sus cicatrices están casi totalmente curadas. Su estado físico y mental es perfecto. Espero lo mejor de usted. No me defraude, Cain.

—No le defraudaré, doctor —prometí solemnemente. Le miré—. Ahora, una sola pregunta... y no habrá ninguna más.

—Imagino la que va a formularme —suspiró el neurocirujano. Incluyó la cabeza—. Un nombre...

—Sí. Mark Cain ha sido el receptor de un cuerpo sano, pero... ¿quién fue el donante?

Hubo un silencio. El automóvil rodaba, carretera abajo, entre prados de pastos vacunos, caseríos y haciendas. Caía la tarde suavemente. El azul del cielo se hacía más profundo, más oscuro.

—Un hombre llamado Dan Lennox —me dijo con voz ronca—. Un joven deportista, rico, solitario, sin familia... Dan Lennox, campeón amateur de tenis, buen practicante de esquí náutico, rugby y béisbol... Ese es el cuerpo que lleva usted ahora, Cain. Y espero que le sea útil en su nueva existencia... después de haber sido asesinado.

—Sí —suspiró—. Esa es también mi esperanza, doctor.

CAPÍTULO VI

HABÍA flores. Flores para Mark Cain.

No tenía sentido. Kim Cain firmaba la corona de aquella fotografía. Y posiblemente la misma Kim Cain había traído ese ramo reciente de rosas sobre mi tumba en el cementerio de Queens.

Mi tumba...

Y flores. Y una mujer llamada Kim Cain. Una mujer que no podía existir.

Yo no tenía familia. Esposa, menos aún. ¿Por qué esa ficción? ¿A qué conducía? ¿Quién era la falsaria?

Me mantuve en pie, frente a la tumba. Allí dentro permanecía enterrado mi cuerpo. Mi auténtico cuerpo, agujereado a balazos. Allí fuera, erguido ante la lápida, estaba yo. Un hombre joven, alto, atlético, bronceado, rubio. Un nuevo Mark Cain. Pero en el fondo, el mismo de siempre. ¿Qué otra cosa es un hombre, sino su propio cerebro, y con este, su espíritu?

Todo eso permanecía intacto. Mark Cain nunca había muerto, aunque fue asesinado. Mark Cain seguía con vida. Pero nadie o casi nadie lo sabía...

En otro lugar, en otro cementerio, acaso yacía el joven deportista Dan Lennox oficialmente muerto.

¿Cuál de los dos era yo realmente? ¿Quién estaba muerto y quién no?

Sí, el cerebro era el mío. Y si un hombre es quien es, lo es por su mente, no por su físico. Pero uno se he habituado a no diferenciar una cosa de otra. Van ensambladas desde el nacimiento. Era de suponer que, desde ahora, todo cambiaría en el mundo, si el gran experimento quirúrgico del doctor Mankiewicz se hacía norma en casos desesperados como el mío.

Mi modo de andar, mis manos, mis gestos, mi rostro, mi

estatura. Todo empezaba a serme ya familiar. Ahora, por supuesto. Había costado meses de larga convalecencia y adaptación, llegar a esto.

Ahora la mente de Mark Cain se había amoldado con sorprendente ductilidad al físico de un hombre de su misma edad, poco más o menos, pero físicamente más alto, más fuerte, más ágil y atlético. Y también, ¿por qué no decirlo?, más atractivo.

Sonreí, sacudiendo, la cabeza en la soleada calma de cementerio. No me importaba demasiado todo eso. No me importaba nada, en realidad, salvo una cosa, un nombre, una persona: el asesino. Mi asesino.

Sin duda también el asesino de Betsy y Howard Keith, de Sue Grane...

El misterioso amante de Betsy. El visitante desconocido del yate en alta mar. El hombre cuya identidad valía cinco mil dólares. Pero ya no era solo cuestión de dinero. Era mucho más. Era afán de revancha. Venganza o justicia, como se le quiera llamar. Me había acibillado a balazos, a boca de jarro. Si estaba con vida, era porque un médico, un científico, había seguido los pasos de otros cirujanos. Y había llegado al límite casi con lo prohibido. Con lo que aterrorizaba a muchos. Y que, a fin de cuentas, no era tan monstruoso. Era solo como dotar de un corazón a un moribundo cardíaco; o como darle córnea a los ojos de un ciego.

—Hola, Cain.

Me volví, sobresaltado. Instintivamente, llevé mano al bolsillo de mi liviana americana clara, deportiva. No llegué a tocar la culata de mi pistola automática.

Me quedé mirando al hombre parado en el sendero, entre panteones y cruces. Respiré con fuerza.

—Hola, teniente —respondí—. ¿Usted lo sabía?

—Claro —Barry Mac Lane inclinó la cabeza, contemplándose la punta de sus zapatos manchados de polvo del cementerio—. Estoy obligado a saber esas cosas, Cain.

—Sí, supongo que sí. Alguien tuvo que autorizar al doctor Mankiewicz a...

—Yo, no —negó Mac Lane, rotundo. Hundió las manos en sus bolsillos, pensativo—. Tuvo que ser un superior a mí. Y el Colegio

Médico y todas esas cosas. Solo que yo... supe quién era la persona intervenida. Y quién el donante. Prometí no revelar nada a nadie.

—Bien, teniente. ¿Qué opina de todo esto? —sonreí.

Alzó la cabeza. Me miró.

—Terrible —dijo.

—¿Terrible? —solté una breve carcajada—. No tanto. Para mí, no. Estoy vivo.

—¿Es realmente usted? —dudó Mac Lane.

—No lo sé aún —confesé, sacudiendo la cabeza—. Es una experiencia tremenda, fascinante. Cuesta adaptarse. Comprendo que le horrorice.

—Una vez leí algo parecido. Era ciencia-ficción. Me reí de ello. Dije que nunca se haría nada así.

—Y se hizo.

—Sí —suspiró—. Y se hizo...

Hubo un silencio embarazoso entre el oficial de Homicidios y yo.

—Supongo que ahora admitirá su error —le indiqué—. Brewster no es culpable.

—Yo no admito nada —se irritó—. Brewster ha sido condenado. Le juzgaron legalmente, y le hallaron culpable. La ejecución es dentro de quince días.

—Ya lo leí —hice un gesto de mal humor—. ¿Entonces quién supone que disparó sobre mí?

—No lo sé, Cain. Usted es detective privado. Tendrá muchos enemigos...

—Uno solo; el que se sabía buscado por mí. El asesino de los Keith. El amante de Betsy. Van a sentar en la silla a un inocente, Mac Lane.

—Si usted puede probar eso, gustosamente llamaré al gobernador para que conmute la pena a Brewster.

—Bien sabe que no puedo hacerlo —me quejé—. Pero no he perdido las esperanzas.

—¿Va a seguir el juego ahora? —se sorprendió.

—Sí.

—Creí que era otro hombre ya.

—Sigo siendo Mark Cain, aunque no lo parezca.

—Empiezo a estar seguro de ello. Está buscando que vuelvan a matarle, amigo.

—Tal vez —me encogí de hombros—. Debo correr ese riesgo, teniente.

—Es un disparate. Ya salió milagrosamente de un buen lío. Cosas así no suceden dos veces. Cuando el asesino sepa que usted es... Bueno, que a pesar de ese físico, no es quien parece, sino... ¡Diablo, es difícil de explicar!

—Le entiendo —reí—. No voy a revelar aún lo sucedido. Nadie tiene por qué saber que Mark Cain ha sido el primer hombre que sufrió un trasplante de esa clase. Se sabe que un hombre ha pasado el experimento, que pronto se harán públicos los detalles del sensacional éxito del doctor Mankiewicz, pero... nadie, excepto usted y unos pocos, saben que ese hombre sea Mark Cain, un oscuro detective privado, víctima de un atentado criminal. Y seguirán sin saberlo, hasta que yo descubra al que me disparó.

—¿Cómo espera lograrlo? Tiene que estar loco para lanzarse a algo así, Cain. No tiene un solo indicio, una sola pista...

—Ya lo sé —suspiré. Dejé vagar mi mirada por las tumbas y sus monumentos funerarios—. Por algún lado debo empezar, sin embargo.

—¿Por dónde?

—Justamente por donde terminé antes de esto. El hecho de ser atacado prueba que iba bien encaminado en mi búsqueda. De otro modo, no hubieran intentado asesinarme. De modo que volveré al Club Náutico de Staten Island... y al Oyster Inn de Long Island.

—Puede chocar otra vez con Barnaby Cole o con Terence Goldman...

—Trataré de evitarlo.

—Si ellos le identificasen habría jaleo, Cain.

—No pueden hacerlo —sonreí—. ¿Quién sospecharía una cosa tan fantástica, teniente? El hecho de que ciertas personas tengan demasiado dinero no significa que posean cerebro, amigo mío...

* * *

Era un deporte fascinante.

Cuando caí al agua dando volteretas, entre nubes de espuma de

agua y la canoa motora se alejó con rapidez, iniciando un amplio círculo para regresar junto a mí, supe que había hecho un descubrimiento. Perdí mi vida en oscuras oficinas y clubs nocturnos, despreciando el deporte al aire libre. Ahora, con el esquí náutico, me enfrentaba a un modo de ser diferente. El que me exigía mi nuevo organismo, mi actual condición física de deportista desocupado.

Regresé a tierra en la canoa, y poco después, fresco y jovial, irrumpía en el bar del Club Náutico, asomado a la azul tersura de las aguas. Las hileras de blancos yates formaban abajo un panorama bellísimo, de película en technicolor.

Pedí un aperitivo. Contemplé, pensativo, a Barnaby Cole y a sus dos «gorilas», Stark y Benny. Sacudí la cabeza, encajando las mandíbulas casi con fiereza. Mis puños, duros y fuertes ahora, se apretaron, ávidos de entrar en liza, haciéndoles tragar alguno de sus sucios golpes de antes. Ahora era yo el más fuerte de todos.

Naturalmente, ni Cole ni su gentuza a sueldo podían identificarme. Era imposible. Me dirigieron solo una curiosa mirada de reojo, desconfiada, como siempre en ellos. Cole, impávido, prosiguió con su aperitivo.

Poco después otro personaje entraba en escena. Terence Goldman, propietario del Oyster Inn y socio de Cole. Se pusieron a hablar entre sí, en voz baja. Cole pareció preocupado por algo. Se levantaron, alejándose hacia el embarcadero. Los dos «gorilas» les siguieron a distancia, inseparables y silenciosos siempre.

Me dispuse a seguirles, pacientemente. Me incorporé, encendí un cigarrillo y caminé tranquilo en pos de ellos, como dando un paseo hacia el embarcadero. Ellos no sospecharían nada por la sencilla razón de que no podían reconocerme ni en sueños.

Entonces apareció ella.

Era una mujer joven, elegante y rubia. Discreta y pálida. Se detuvo al pie de la escalerilla imitando la de un buque, que subía a la rotonda del bar del club. Allí me contempló fija, muy fija. Yo la miré, indiferente.

—Dan... —susurró ella—. ¡Dan Lennox, Dios mío! Te he estado buscando tanto tiempo...

Me estremecí. Era lo peor que podía sucederme. Alguien que conocía al otro. Cole y Goldman se habían vuelto, algo curiosos,

mirándola a ella. Luego me contemplaron a mí.

Tuve que tomar una decisión. Aun estando a ciegas como estaba.

—Hola —le dije a ella—. ¿Qué haces aquí?

No dijo nada. Me miró fijamente. Respiró fuerte. Luego se desvaneció.

* * *

—No es nada —dije, apartando a los demás—. Ya vuelve en sí. Apártense, por favor.

—Pero, ¿quién es esa dama? —quiso saber Cole—. ¿Está enferma?

—No, no está enferma —corté, irritado, mirando a Barnaby Cole que, como Goldman y otros socios del club, se inclinaban sobre ella en el ventilado salón-restaurant del club, donde había sido depositada ella—. Solamente sufrió un desmayo, eso es todo.

—Pareció muy impresionada al verle a usted —señaló Goldman, pensativo, estudiándome con aire crítico—. Si aprecia a esa joven, creo que debe cuidarla. Su aspecto no es demasiado saludable, créame.

—Es asunto mío, señores —dije, incorporándome belicoso—. ¿Por qué no dejan que sea yo quien lo resuelva?

—Muy bien, allá usted —Barnaby Cole me replicó, mirándome con frialdad—. Pero opino como mi amigo, señor.

Se alejaron, adustos. Con sus inseparables guardaespaldas. Yo resoplé. De buen grado les hubiera derribado a los cuatro a golpes. Los camareros y empleados, discretamente, se retiraron, dejándome solo frente al sofá donde reposaban la desconocida joven.

—Dan... Dan, ¿por qué? —la oí susurrar.

Pensé con celeridad. Algo ocurría. Aquella muchacha y Lennox, mi donante, debieron conocerse. De algún modo yo no obraba como ella esperaba. Y lo malo es que no tenía la menor idea de cómo obrar para que ella no sospechara nada.

—Vamos, ya pasó todo —dije, con tono calmoso, procurando medir las palabras muy cuidadosamente—. Ahora un poco de calma, de serenidad...

—¡Calma y serenidad! —repitió ella con un gemido,

incorporándose—. ¿Y eres tú quien me pide eso, Dan?

—Por favor, ya hemos provocado bastante revuelo aquí —rogué, conciliador.

—Antes no parecían importarte los revuelos, Dan Lennox —me acusó, virulenta.

—Bueno, siempre se cambia con el tiempo —sonreí, contemporizador.

—Tú nunca cambiarías con nada de nada. Siempre el mismo, Dan. Y ahora peor que nunca. ¿Crees que es justo, que es siquiera humano... recibirme así?

—¿Qué esperabas de un tipo como yo? —dije, nadando entre tinieblas.

—Ciertamente, no podía esperar mucho más de ti, Dan. Pero siempre pensé que, como mínimo, te acordarías de mí, que serías más humano... con la mujer que ha sido tu esposa...

Esposa. Dan Lennox una esposa... Con eso nadie había contado. Era la otra vertiente del asunto. Un maldito embrollo imprevisible. Ella tenía humedad en sus ojos. Me sentí realmente preocupado, y me dio una profunda pena aquella mujer joven, elegante, sencilla y llena de amargura.

—Pero aquello pasó... —aventuré, casi al azar, haciéndome el hombre duro, indiferente.

—Claro que pasó. Solo que faltaste a tus compromisos. Ni un dólar últimamente. De haber vivido nuestro hijo, ¿qué hubiera sido de él, sin ayuda tuya para ninguno? No quise denunciarte ante el juez, pero estoy dispuesta a hacerlo, Dan, si no me ayudas ahora. Es tu deber. Si nos separamos fue culpa tuya, bien lo sabes. Y aunque entonces me dolió mucho, creo que lo mejor que pudo suceder fue que el niño muriese apenas nacer.

Me mantuve silencioso, midiendo la situación. Una esposa divorciada, un hijo muerto, un esposo que no cumplía su obligación legal de pasar la pensión fijada a su esposa... Buen tipo era mi donante. No podía sentirme muy orgulloso de ser aparentemente Dan Lennox. Pero tampoco podía revelarle la verdad a aquella mujer.

—Está bien —dije, con tono evasivo—. Recibirás tu dinero. Llamaré luego al Banco. Te pasarán la suma que precises. Y no te

faltará lo que te corresponde, palabra.

No le mentía. Si Lennox estaba muerto oficialmente, si Lennox era rico, su dinero debía ir, cuando menos en parte, a ella. Era legal. Y era justo. Yo lo hablaría con Mac Lane.

Ella me miró sorprendida. Abrió mucho sus claros ojos.

—No puedo creerlo, Dan —musitó.

—¿Qué es lo que no puedes creer?

—Que me hables así, que no grites, que no te exaltes o me pegues bofetones... Es tu modo de ser de siempre. Y no sé si te prefería así, con todos esos defectos... o con ese hipócrita recurso de ahora, de eludir dificultades.

—Palabra. No hay hipocresía. Tendrás lo que necesitas, lo que te corresponde. Tienes mi palabra.

—¡Tu palabra! —repitió con sarcasmo, poniéndose en pie de un salto—. ¡La palabra de Dan Lennox! Oh, Dan, por Dios, ¿crees que soy estúpida? ¿Es que acaso no te conozco? ¿Qué valor puede tener tu palabra para mí? ¿Qué valor tuvo cuando aún era Laura Lennox, y estaba ligada a ti legalmente?

Laura. Al menos sabía algo; su nombre. Laura Lennox, de casada. Debían haber previsto esto al elegir donante. Ahora ya no había remedio. Era un dilema para mí.

—Aunque no me creas, Laura, algo ha cambiado en mí —dije, y bien sabía Dios que no mentía—. En cierto modo no soy el mismo. Quiero que me des un margen de confianza. Solamente tres o cuatro días. Te probaré que no miento ni me burlo de ti. Laura, por favor, ten fe, siquiera sea por una vez en nuestras vidas...

La había tomado por los brazos, con la ternura que me inspiraba aquella desdichada mujer. Ella me miró, aturdida. La vi respirar hondo. Cayeron lágrimas de sus ojos.

—Dan... —susurró—. ¡Oh, Dan, si no me haces daño al poner tus manos en mí! De verdad pareces otro... Dan, si siempre hubieras sido así...

E inesperadamente estalló en un sollozo, se abrazó a mí, y apoyó su cabeza en mi pecho. Me sentí tremendamente incómodo. Y no supe siquiera qué hacer.

Había sido una difícil situación. Ahora, tras telefonar a Mankiewicz y a Mac Lane, esperaba que el porvenir de Laura Lennox sería resuelto de algún modo. Intenté olvidar el incidente y meterme de lleno en mis propios asuntos. No era fácil, pero lo conseguí.

Quizá, entre otras cosas, porque hubo otras cuestiones que atrajeron mi atención. Y de qué modo...

Fue cuando entré en Oyster Inn nuevamente. Esta vez, a la luz del día y solo. Me acomodé en un mirador. Pedí una docena de ostras y una copa de vino blanco. Mientras saboreaba los deliciosos crustáceos, el camarero anunció, en voz alta, cruzando la sala:

—Lllaman al señor Smith. Señor Smith, amigo del doctor Mankiewicz. Le llaman desde Madison, 1.027... Es urgente. Señor M. C. Smith... Desde Madison, 1.027...

Me incorporé de un salto. M. C. eran mis iniciales «Smith» era solo un truco. Y Madison, 1.027, la Avenida y número de mi oficina. Jill era una muchacha inteligente. Sabía cómo localizarme y cómo pedir por mí públicamente sin provocar dificultades.

Fui rápidamente a la centralilla telefónica de La Posada de las Ostras. Me indicaron la cabina de comunicación, y pasé a ella. Poco después oía la voz de Jill Travers, mi secretaria:

—¿Jefe? —indagó.

—Sí —dije—. Soy yo. ¿Qué ocurre?

—Algo importante. No encontré mejor medio de avisarle que buscar en todos los sitios que concurría últimamente antes de... Bueno, ya me entiende.

—Claro, Jill. La entiendo bien —sonreí—. ¿Malas noticias?

—Muy malas. El doctor Mankiewicz, el neurocirujano está mal herido.

—¿Qué? —mascullé, repentinamente alarmado.

—Alguien atacó al doctor cuando él descubrió a un intruso en su despacho del hospital. No creen que sea grave, pero le hirieron en la cabeza dejándole inconsciente.

—Pero, ¿quién fue? ¿Por qué? —quise saber, inquieto.

—No se sabe. Ha ocurrido esta mañana a primera hora. Jefe, la enfermera Candy Miller me lo comunicó. Quiere hablar con usted lo antes posible. No pudo localizarle. Está muy asustada.

—¿Le dijo por qué quiere verme?

—Sí. Tiene algo. Una prueba, un indicio. Cree saber quién entró en la oficina y atacó al doctor Mankiewicz. También parece que se llevaron algo de los archivos.

—Algo... ¿como qué?

—Bueno, eso sí es mala noticia. Parece que... que pudo ser el expediente Cain-Lennox, ¿entiende?

—¡Dios mío! —musité—. La documentación de... de la intervención quirúrgica...

—Eso es —la voz de mi secretaria sonaba tensa—. Jefe, no sabía dónde localizarle. Por si lo lograba, le dije a ella que estaría usted, seguramente esta tarde, a las cinco, en la carretera de la playa de Jones Beach Staten Park, en Long Island. Le dije que en la milla veintidós, frente al restaurante y estación de servicio de Tully. Imaginé que no andaría usted lejos de las costas al sur de Nueva York...

—Chica lista, Jill —aprobé, pretendiendo sentirme risueño, con poco éxito—. Estará allí a las cinco por si Candy Miller acude.

—Ella ya sabe cómo es usted ahora —murmuró mi secretaria—. Es algo en lo que me lleva ventaja...

—¿Por qué no quiso verme en el hospital, Jill? O en la residencia de los Adirondacks. A usted la hubieran autorizado a visitarme...

—No, no. Preferí no verle aún con su nuevo aspecto. A mí... A mí me agradaba verle tal como era. No sé si me acostumbraría...

—Tendrá que acostumbrarse, Jill. Pienso volver a mi oficina. Y seguir siendo lo que fui. Espero que mi nueva apariencia no le haga despedirse del empleo...

—No sé cómo reaccionaré. No sé nada aún. Esperemos, jefe. No olvide esa cita. Esa enfermera parece preocupada. Y tiene miedo. Sabe algo, no sé el qué... Jefe, ¿es bonita?

—¿Candy? —asentí—. Sí, muy bonita. Y una gran chica. Como usted, Jill.

—Es lo que imaginaba —dijo secamente—. Debe resultar usted muy atractivo ahora. Le felicito por sus éxitos...

—Jill, escuche... —traté de decir. Inútil. Había colgado.

Colgué a mi vez. «Extrañas mujeres», pensé. Siempre reaccionan

de modo imprevisible. Incluso Jill.

Salí. Repentinamente había perdido todo apetito. Incluso de excelentes ostras y buen vino dorado. Pagué sin terminar mis crustáceos frescos y jugosos. Ni la copa de vino. Me fui de Oyster Inn. En la puerta me crucé con Goldman, que me miró, distraído. Seguía con el mismo aire preocupado que en el Club Náutico de Staten Island.

Miré mi reloj, mientras me dirigía al nuevo, flamante automóvil que había alquilado. De los dos mil dólares iniciales de Howard Keith, cada vez iban quedando menos. Y lo malo era que no veía la forma de obtener más. El misterioso personaje seguía tan lejos de mí como en un principio. Y tan oscuro.

Mientras tanto, alguien había penetrado en el hospital general de Cardiología de Manhattan, dirigido por el doctor Serge Mankiewicz. Todo el país, todo el mundo, sabía que en ese centro médico había tenido efecto una revolucionaria operación de trasplante. Los demás detalles se mantenían en secreto, las controversias eran notables, las teorías de todo tipo. Pero nadie sabía nada oficialmente. Seguía siendo estricto secreto clínico.

Pero el expediente Cain-Lennox había caído en manos de alguien, eso podía ser funesto para mí. Mankiewicz estaba mal herido; Candy Miller sabía algo, tenía miedo y solo se fiaba de mí. Quería verme. Y Jill la había citado al azar, confiando en dar conmigo de algún modo.

Había tiempo para estar a las cinco en las más extensas y llanas playas de todo Long Island, junto a la carretera de Long Beach a Brooklyn. Aún podía hacer algo, pese a la evidente urgencia de la llamada de Candy Miller. Eran las dos de la tarde solamente.

Decidí hacer algo. Ver a alguien.

Y opté por ir a ver a Ebony.

Sin saber que, con eso, iba a salvar su vida. Justo en el último momento.

CAPÍTULO VII

EL olor a gas era irrespirable.

Sentí que perdía los sentidos, pero pude quebrar los vidrios, arrojando contra ellos una estatuilla de bronce que representaba a una mujer semidesnuda, de raza negra. Desde luego, infinitamente más negra que Ebony Carroll, cantante de jazz en Birdland.

Dominando el aturdimiento como pude, avancé hasta los cristales destrozados, y tomé por el boquete un poco de aire respirable. Luego, conteniendo el aliento, regresé al centro de la cocina.

Cerré la espita de gas situada tan próxima a la boca y nariz de la inconsciente Ebony Carroll. Giré su cuerpo semivestido, con un simple *slip* y un corpiño que eran poca cosa para las prominencias de su cuerpo bronceado y sinuoso.

Practiqué la respiración artificial, boca a poca, arrastrándola previamente al corredor del apartamento, donde abrí todas las ventanas para dar paso al aire renovador, vivificante. El agrio olor al gas doméstico se fue diluyendo con dificultad.

Coa mi boca en la de Ebony, fui insuflando aire a sus pulmones intoxicados. Lenta, muy lentamente, la muchacha de color volvió a la vida. Fui registrando, febril, sus pulsaciones, los latidos de su corazón, la dilatación de sus pupilas bajo los párpados rígidos.

Estaba a salvo. Tomé el teléfono. Avisé a una ambulancia. Luego trasladé a Ebony a la terraza posterior. Envolví sus formas mórbidas en una toalla de brillante colorido, dejando que respirase pausadamente. La miré. Ella me miró. Dilató mucho sus ojos oscuros y expresivos.

—¿Quién... quién es... usted? —gimió, ahogadamente.

—No te preocupes —sonreí, animoso—. Un amigo.

—Nunca le vi antes de ahora...

—Pero me has visto muy a tiempo. ¿Por qué quisiste suicidarte, Ebony?

—¿Suicidarme? ¿Yo? —dilató sus ojos asustados. La vi estremecerse. Se encogió, cerrando los párpados. Respiró hondo—. ¡Oh, sí, sí...! Intenté... suicidarme...

No dije nada. Me pareció que mentía. Pero estaba asustada. Tenía miedo a algo o a alguien, no sé a qué o a quién. Vi su mano derecha apretada, sus dedos estrujados, como aferrándose a algo. Acaso a la vida, antes de enfrentarse a la muerte.

—¿Por qué, Ebony? —quise saber, con tono dulce, amable, persuasivo.

—Son cosas mías... —me miró, desconfiada—. Usted... es un desconocido. ¿Qué busca aquí?

—Te buscaba a ti. De parte de un común amigo. Veo que llegué a tiempo...

—¿Amigo? ¿Qué amigo? —dudó ella, escéptica, en guardia siempre.

—Cain. Mark Cain —dije lentamente, sin quitar de ella mis ojos—. ¿Lo recuerdas?

—¡Oh, Mark...! ¡Dios mío...! —tembló, echándose a llorar repentinamente—. Le... le mataron...

—Sí. Le mataron a tiros —asentí. Tenía ya sus dedos, los oprimía cariñosamente, lograba entreabrirlos, sin que ella se diese siquiera cuenta. Y en mi mano tuve algo circular, metálico. Un botón. Lo guardé. Un botón plateado, con un ancla...

—¿Usted... usted era amigo de Mark...? —susurró Ebony, estremecida, muy abiertos sus húmedos ojos emocionados.

—Sí, lo era —suspiré—. Su mejor amigo. El único que tuvo, creo yo. Me encargó... que cuidara de ciertas personas a las que él apreciaba. Tú, Ebony... eras una de ellas.

—¡Oh, Dios mío, pobre Mark! —volvió a llorar. Y se aferró a mí, patética—. ¡No debió morir! ¡Él era bueno! ¡Yo... yo le amaba...!

Me gustó oír eso. Ella no podía saber que yo era Cain. Me confesaba un amor hermoso. Al fin sabía que una mujer me amó. Y tenía que saberlo así. Bajo esta apariencia...

—Creo que él también sintió amor por ti, Ebony —dije roncamente. Acaricié su cabello oscuro, rizado, ahora sin peluca—.

Pero, ¿por qué intentaste matarte? ¿Por qué, Ebony? Por amor no sería... No se mata nadie hoy por amor... ¿Qué sucedió?

En la calle sonó una sirena ululante, la de la ambulancia. Y otra más: la policía. Me miró asustada, aferrando mis brazos. Sacudió la cabeza con repentina angustia.

—No, no... —sollozó—. No quiero... La policía no... Ellos siempre lo dicen a los periodistas... Todo el mundo lo sabe. Y ellos... ellos me matarían... Lo harían otra vez... sin fallar... Si callo... puedo salvarme aún... ¡No les diga usted nada! Me suicidé, me quise matar...

—Sí, Ebony. Yo les diré eso. No diré más —la tomé por sus hombros, desnudos al resbalar la toalla hasta sus pechos juveniles, enhiestos—. Pero sé que no es cierto. Sé que intentaron asesinarte, ¿no es verdad? Fingiendo un suicidio...

—Sí, sí... —gimió ella, sollozando—. Lo hicieron ellos... Pero, ¿quién podría creer a la pobre Ebony? Nunca me escucharía nadie...

—Yo te creo. Yo te escucho —las sirenas se detuvieron frente a la casa de apartamentos, al sur de Manhattan—. ¡Vamos, habla! ¿Quién fue?

—Ellos... —susurró.

—Ellos... ¿quiénes son?

—Gente importante... Barnaby Cole, Terence Goldman...

—¿Por qué, Ebony? —encajé las mandíbulas, furioso. La sacudí, frenético, sin parar siquiera atención en su actual estado—. ¿Por qué?

—Contrabando —lloriqueó la mulata—. Diamantes... drogas... Los yates... Los clubs nocturnos... Yo entraba en el negocio... Distribución... Estupefacientes, joyas clandestinas y todo eso... Un negocio sucio. De millones...

Dejó de interrogarla. Los policías y los sanitarios subían a paso de carga. Pero repetí entre dientes, furioso conmigo mismo. Y con mucha gente honorable, o que finge serlo:

—Diamantes, drogas... ¡Cerdos! Cerdos todos, malditos sean...

* * *

—¿Diamantes? ¿Drogas? ¿Quién le ha dicho eso a usted?

—Maldito sea, no hace falta que nadie lo diga. ¡Lo sé, y eso basta, Murray!

Lester Murray, pálido pero sereno, me contempló asustado. Tomó un sorbo de brandy de un frasco-petaca, y me miró de hito en hito. Se tocó el pecho.

—El corazón, ¿sabe? —jadeó, guardando su frasco—. Cielos, no sé quién sea usted, señor, pero eso que dijo... ¡es absurdo! No tiene sentido.

—Lester Murray, usted fue abogado de la familia Keith. Tiene tratos con Cole y, especialmente, con Terence Goldman. Negocios en los muelles, yates de millonario... Camino idóneo para burlar a los guardacostas y meter en el país piedras preciosas ilegales, y cargamentos de drogas. Esa gentuza hizo su dinero con semejantes negocios. ¡Y pretenden manejar la política y la sociedad de nuestra ciudad, incluso de nuestro país, como seres honorables, al margen de toda duda, los muy bastardos!

—Escuche, eso no puede decirse sin pruebas contundentes... —jadeó Murray, nervioso—. Son hombres ricos, influyentes... Usted no sé quién sea, pero habla igual que un tipo al que conocí antes, y que, desgraciadamente, está muerto...

—¿Mark Cain? —pregunté, incisivo.

—Sí —me miró, asombrado—. ¿Cómo pudo saberlo?

—Éramos amigos —dije—. Quiero seguir con lo que él empezó.

—No se parecen físicamente en nada, pero si fuesen gemelos, no se asemejarían tanto en el modo de ser, de enfocar las cuestiones...

—Lester Murray sacudió la cabeza—. De todos modos, no está tampoco acertado. No podrá nada contra esa gente. Admito que sé algo sobre negocios y tráfico ilegal de esas personas. Pero Cole y Goldman están muy por encima de nosotros. Son capaces de aplastarnos con solo mover un dedo... Escuche, ¿por qué no tiene usted los dos dedos de frente que le faltaron a su amigo Cain, y deja este asunto de una vez por todas?

—Porque mataron a mi amigo Cain —repliqué—. Y van a pagar ese crimen.

—Es una locura. Además, nada nos hace suponer que ellos mataron a Cain...

—Intentaron hacerlo con ella, con Ebony Carroll, esa muchacha

de color —le mostré algo en la palma de mi mano—. Vea esto. Es un botón plateado. De una chaqueta azul marino. Pertenece a Cole. Yo le vi con ella no hace mucho, hoy mismo, antes de ir a liquidar a la muchacha. Ebony confesó. Y confesará más. Ella distribuía drogas en los clubs nocturnos de *jazz*. Forma parte de la organización, pero solo como humilde distribuidora. Quiso separarse definitivamente de eso a raíz de la muerte de Cain. ¿Cuál fue la respuesta? Intentar liquidarla, fingiendo un suicidio.

—¿Y ella va a confesar eso ante un juez? —tragó saliva Murray, muy pálido.

—Ante un juez federal —asentí—. Yo confirmaré todo eso. Este no es el botón de Cole, no me crea tan ingenuo. Lo adquirí en uno de los mejores sastres de la Quinta Avenida, donde Cole se hace los uniformes de marino. Son un modelo especial de último diseño. Puede costarle el cuello a ese cerdo, Murray. Si usted sabe algo, vale más que lo diga.

—¿Por qué había de saber yo nada? —se enjugó el sudor con un pañuelo bien plegado, pulcro e impecable—. Usted, sin duda, está loco... Es peor aún que su amigo Cain...

—Mucho peor —reí, agresivo—. Más violento y más decidido. Cuente que él murió, pero hay un nuevo Cain dispuesto a triturar cuanto se ponga ante él. ¡Y ese soy yo! —me incliné, casi feroz, hacia el ahogado—. Por ejemplo, Murray... ¿Qué motivo podía tener el joven Paul Brewster para extorsionar a Howard Keith y a su esposa Betsy? Muy sencillo; ¡ellos formaban parte de la red de gente «honorable» e importante que se dedica a traficar en drogas y en diamantes! Brewster lo sabía, y apretaba sus tornillos. Quizá también haya los devaneos sentimentales de su hermanastra por medio, pero a Howard le extorsionó por ese comercio indigno, estoy seguro. ¡Y usted, como ahogado suyo, bien lo sabe, Murray!

—Aunque fuera así, nunca podría confirmar sus palabras —dijo Murray, altivamente—. Soy un abogado. Y me debo a mi cliente por encima de todo...

En ese momento zumbó el timbre del teléfono. Me volví rápido. Pero Murray me ganó por décimas de segundo. Sin duda esperaba la llamada. Estiró su largo brazo y tomó el receptor telefónico. Preguntó, ávido, tapando luego el micrófono:

—Murray; ¿quién llama?

Hablaron. Él asintió con cara de circunstancias, tenso y violento:

—Sí, cariño, claro está... No, no ocurre nada. Bien, como tú digas...

Esta vez fui más rápido que él. Le quité el teléfono de la mano, le retuve con energía, virulento mi gesto, pegando el auricular a mi oído. Llegué a tiempo de captar la voz femenina, dulzona, melosa:

—...Y lo siento mucho, amor, pero no podré verte hasta esta noche. Tengo trabajo, y me debo a él ante todo... Hasta la noche, cariño, en el sitio de costumbre... Un besito...

Chascó una boca al otro extremo del hilo. Seco, irónico, mi gesto, chasqué mis labios también y colgué. Miré a Murray con fijeza.

—Jayne —dije—. Jayne Jones, la bomba rubia.

—Usted parece saberlo todo, quienquiera que sea —refunfuñó el abogado.

—Conozco a quienes Cain conoció, eso es todo —reí—. Jayne Jones y sus citas de amor... Murray, ¿le gustan las curvas?

Se mantuvo silencioso, huraño. Me echó a reír mientras caminaba hacia la salida de su oficina. Ya en la puerta, masculé entre dientes, como despedida:

—Ahora debo ver a alguien, Murray. Pero vaya pensándose el asunto. Estoy dispuesto a tirar de la manta y acabar con Cole, con Goldman y con todos los de ese *gang* de sinvergüenzas honorables. Sé que quedarán muchos más en nuestro país y en el mundo entero, pero por algo se empieza.

Cerré tras de mí. Lester Murray, naturalmente, no prometió nada. Pero yo sabía que le había dejado lleno de preocupaciones. Y eso ya era algo, tratándose de un abogado.

* * *

Largas extensiones de arena. Y el asfalto de la carretera sobre la superficie increíblemente llana y monótona del sur de Long Island. Gaviotas, playas desiertas, embarcaciones a vela... En la ruta asfaltada, el parador, el surtidor de gasolina, el luminoso, ya encendido en la tibia tarde otoñal, mezcla de azul fuerte y rosa suave, allá en el horizonte occidental.

Tiré el segundo cigarrillo. Esperaba aún. Candy estaba al llegar, si era puntual. Lamenté no haber estado en mi oficina cuando ella llamó. Yo había probado fortuna en el hospital, pero Candy no estaba de servicio esa tarde. No la localizaron. Mankiewicz seguía en estado estacionario, pero con buenos augurios respecto a su curación.

A las cinco y diez minutos empecé a impacientarme.

Una furgoneta comercial, que se detuvo a repostar gasolina, me pareció en la distancia que podía ser mi enfermera con su coche. Luego me di cuenta de mi error y encendí otro cigarrillo, a la espera.

La furgoneta, con el nombre y distintivo de un conocido detergente sobre los laterales de la carrocería llamativa, repostó combustible e inició la maniobra para continuar viaje hacia el centro de Nueva York. Luego, su conductor debió pensarlo mejor y se detuvo ante el bar-restaurant de Tully. Sin duda, iba a repostar algo más, ahora en su estómago.

Aparecieron unos faros en la carretera. Me erguí Otro vez tiré el cigarrillo. En esta ocasión no había error. Reconocí el rostro y los cabellos de Candy, aun a aquella distancia, asomando por la portezuela. Agité mi mano, en señal de llamada, cuando vi que me buscaba, impaciente.

Respondió a mi gesto. Detuvo el coche en la cuneta opuesta a la gasolinera. La vi maniobrar para venir hacia mí. El conductor de la furgoneta comercial debió pensarlo mejor, e inició la marcha.

Eso debía haberme hecho sospechar. Y yo, estúpido de mí, ni por un momento recelé de todo aquello. Cuando quise hacerlo, ya era tarde. Demasiado tarde.

La furgoneta cruzó la carretera, enfilando velozmente hacia Brooklyn. Por la ventanilla, un brazo arrojó algo contra el coche de Candy...

Fue espantoso.

Una violenta llamarada se elevó del vehículo. Este reventó, en medio de una explosión terrorífica. Con Candy dentro. El combustible del depósito se inflamó al estallar el artefacto arrojado sobre el automóvil. El estruendo retumbó en el amplio llano, rompiendo el rumor del oleaje vespertino y los chirridos de las gaviotas.

Cuando eché a correr, pistola en mano, el automóvil ardía, convertido en un montón informe de hierros negruzcos y retorcidos. En cuyo interior estaría Candy Millar, irremisiblemente atrapada...

Disparó dos veces contra la furgoneta, que emprendía la fuga. Apunté a sus neumáticos. Y reventé uno de ellos cuando enfilaba la curva, a considerable velocidad, para huir.

Estalló el neumático. Chirrió el vehículo sobre los frenos desesperadamente aplicados, pero era inútil. El vehículo derrapó violentamente, perdió terreno firme y dio una voltereta, yéndose dando tumbos, entre matorrales y arena, a una zanja como de unos veinte pies de profundidad.

Corrí en aquella dirección, siempre empuñando mi arma. La furgoneta chocó de frente con un saliente rocoso, se hundió su carrocería y empezó a arder a la segunda vuelta de campana, Antes de que yo llegara, todo el vehículo era pasto de las llamas, y la portezuela se abría, emergiendo una figura envuelta en llamas, como una antorcha viviente.

No podía hacer nada por salvar a su ocupante. No por humanidad, claro, sino por saber qué motivos tuvo para destruir a Candy y su coche, lamenté no poder evitar su fin. Le vi correr hacia el mar, instintivamente, pero antes de llegar, su cuerpo ardiente se revolcó en la arena, hasta quedar inmóvil, ennegrecido, humeante.

Yo corrí primero al coche de Candy, que ya rodeaban otros vehículos. Me abrí paso entre los curiosos, asomé a aquel montón de oscura chatarra humeante y horrible. No necesité ver más.

Candy Miller, mi enfermera durante la convalecencia y período de adaptación a mi nueva identidad, no era sino un cuerpo carbonizado, sin vida...

Como su asesino, allá en la playa desierta, larga, llana, bajo los chillidos agrios de las gaviotas de la tarde en Long Island.

CAPÍTULO VIII

JILL no decía nada. No se movía.

Se limitaba a contemplarme, paseando rabiosamente arriba y abajo de la oficina, desde detrás de su máquina de escribir.

Desde mi llegada, había ido de sorpresa en sorpresa. Mi rostro, mi físico, mi voz... Pero era evidente que, tras, ese impacto previo e irremediable, empezaba a comprender muy bien que yo, Mark Cain, seguía siendo yo. A despecho de envolturas físicas.

Tras un profundo silencio, se creyó obligada a decir algo, tímidamente:

—Pero usted... usted no tuvo culpa...

—¡Claro que tuve culpa! —me enfurecí conmigo mismo—. ¡Allí, delante de mí, y sin poder evitar que esos canallas terminaran con Candy, brutal, salvajemente, como en tiempos de la Ley Seca! ¡Apelando a una furgoneta robada, a un explosivo, como haría el Sindicato del Crimen!

—Pero, jefe... —le costó, sin duda, llamar «jefe» a aquel extraño que era yo ahora—. Jefe, usted acudió a la cita, usted esperó sus confidencias... Y no pudo impedir que alguien la siguiera, para silenciarla, si lo que sabía sobre el agresor del doctor Mankiewicz, y que robó el expediente Cain-Lenox, del hospital, era realmente importante...

—No, no la seguían —protesté—. La esperaban. La furgoneta estaba ya allí, esperándola a ella, para...

Me detuve. Me pegué un seco golpe en la frente que la hizo dar un respingo de sobresalto. Mis ojos debían brillar como carbones.

—¿Qué le ocurre, jefe? —indagó ella, sorprendida.

—Ya está... —mascullé—. Claro. ¿Cómo no se me ocurrió antes? ¡La esperaban...!

—Bien, ¿y qué?

—No la seguían. Por tanto, es que sabían que ella iba a acudir a las cinco a aquel lugar precisamente.

—Pero, jefe, ¿eso qué importa ahora? Tal vez ella se sinceró con alguien y...

—No, no. Si Candy sabía algo, no se sinceró con nadie. Era muy lista esa chica... Solo usted, Jill, sabía lo de esa cita...

—Jefe, ¿va a sospechar ahora de mí? —se ofendió mi secretaria.

—No —negué. Y señalé directamente a algo—. Sospecho de eso.

Estaba señalando al teléfono sobre mi mesa. Jill miró. No era tonta. Me entendió enseguida.

—¡Interferencia telefónica! —musitó, palideciendo un poco.

—Eso es —asentí, con expresión sombría, furiosa—. Si alguien robó ese expediente clínico de mi operación, sabe que ahora tengo otro aspecto y sigo vivo. Alguien interfirió las llamadas de la oficina, a la espera de que yo mismo cayera en el cepo. Y fue Candy Miller quien cayó de lleno en él...

—¿Qué podemos hacer para estar seguros? —indagó ella, preocupada.

—Algo muy simple —dije, con frialdad. Fui directo al teléfono, lo descolgué y marqué un número. Esperé. Jill no me perdía de vista.

—¿Quién llama? —sonó una voz conocida en mis oídos.

—¿Teniente Mac Lane? —pregunté, con aspereza.

—El mismo —gruñó su voz inconfundible—. ¿Quién llama?

—Soy yo; Mark Cain.

—Cain, ¿qué diablos ocurrió hoy en Long Island? Su enfermera ha muerto a causa de un explosivo, y alguien que responde a sus actuales señas liquidó a tiros a su asesino, que ha resultado ser, una vez identificado, un pistolero profesional, un tipo del hampa llamado Steve Craig...

—Deje eso ahora, teniente —corté—. Tengo cosas más importantes que decirle.

—¿Qué cosas, Cain? Siempre me está usted provocando líos...

—Creo que lo tengo —dije—. Sé quién mató a los Keith y a los demás. Y por qué.

—¿Cómo dice? —estalló él, atónito.

—Lo sé tocio. Nombre, motivos... todo. Brewster es inocente. Solo es un chantajista que sacaba dinero del secreto del tráfico de diamantes y drogas de los Keith, de Cole y de su socio, Goldman.

—¿Qué está diciendo? No tendrá pruebas de todo eso...

—Claro que las tengo. Mac Lane, le espero esta misma noche. En Staten Island, en el parque de atracciones. A la puerta de una atracción. Pongamos... la casa de los espejos, ¿le parece bien? Es un sitio poco frecuentado hoy en día, y servirá.

—¿Por qué no viene aquí y charlamos sin tanto rodeo? —se irritó el teniente.

—No, no. Prefiero allí. Yo iré a las ocho y media. En punto. Entre ocho y media y nueve le espero, teniente. No falte. Le dará la solución total del misterio. Con el nombre del asesino y todos los detalles.

Colgué sin esperar a más. Perpleja, Jill me contempló.

—¿Se ha vuelto loco, jefe? —musitó—. Eso es tenderse usted mismo una trampa... ¡El parque de atracciones, en días laborables, está casi desierto a esa hora!

—Ya lo sé. Cierran a las nueve y media. El asesino lo sabe también, seguro. Ahora cree que yo lo sé todo. Intentará algo. Irá allí o enviará a alguien. Pero esta vez, yo estaré preparado, no le quepa duda, Jill.

—Jefe, es una locura. Y aunque usted... Bueno, me parezca ahora otra persona... sigo apreciándole igual. No me gustaría que le ocurriese nada, que volvieran a... a asesinarle, esta vez con éxito. Recuerde que si el asesino es quien robó el expediente de esa intervención quirúrgica, ahora sabe quién es usted y qué aspecto tiene.

—Confío en todo eso para salirme con la mía —reí entre dientes, mientras me dirigía a la salida—. Volveré más tarde, Jill.

—¿A dónde va ahora? —se inquietó mi secretaria,

—Quiero hacer todavía unas visitas importantes, a la espera de que esta noche, a las ocho y media, alguien venga a mí en el parque de atracciones de Staten Island

—Seguro que va a ver a una chica —dijo, con disgusto, Jill.

—¡Y qué chica! —reí, haciendo en el aire un gesto significativo, formando curvas con mis manos—. Una auténtica bomba rubia,

—Jayne Jones, esa especie de busto viviente —habló, malhumorada, mi secretaria—. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca —reí—. La más casquivana, vacía y tonta criatura del mundo... Pero con unas formas impresionantes. Mientras fui el primitivo Mark Cain no tuve demasiado éxito con damas así. Espero que ahora sea diferente.

Y reí entre dientes mientras salía de mi oficina.

No podía saber, al dirigirme en busca de Jayne Jones, la rubia del busto increíble, que no solo iba a repetirse algo de lo ocurrido en mi visita a Ebony Carroll, salvando acaso su bien repleto pellejo de un feo asunto, sino que tendría ocasión de tomarme una cierta revancha en personas a las que odiaba cordialmente.

No lo supe hasta llegar a Dolls House, cuyo aspecto comercial, como negocio, continuaba cerrado, no sé si por consejo policial o por miedo de sus dirigentes a que hubiera nuevos líos tras el asesinato de su directora, Sue Crane.

Entonces, al oír quejarse y llorar a Jayne Jones, y escuchar los golpes y los insultos, estuve seguro de que otra vez llegaba muy a tiempo a algún sitio.

Empujé una puerta-balcón y asomé, tras haber entrado en la casa más o menos como salió el asesino de Sue, a través del jardín, la piscina y las vallas de alrededor.

Vi a los dos «gorilas» sujetando a Jayne férreamente. Le habían desgarrado la blusa, y aquello era todo un espectáculo, teniendo en cuenta el perímetro torácico de la rubia,

Delante de ella, Barnaby Cole en persona estaba abofeteándola con sus manos enguantadas. No contento con eso, ahora tomaba pausadamente un cigarrillo de sus labios, sacudía pacientemente la ceniza y con la brasa por delante se aproximaba a la aterrorizada Jayne Jones, cuyos ojos dilatados no se desviaban del cigarrillo encendido. Le decía, con tono sarcástico:

—Bien, preciosa... Si no quieres decirme por las buenas lo que hiciste con los diamantes y la dosis de droga que Sue tenía en su poder cuando la liquidaron, tendré que arrancarte esos datos de un modo muy poco agradable para ti...

Y aproximó el cigarrillo encendido a uno de los agresivos, formidables senos de la muchacha rubia.

Entonces intervine yo.

* * *

—Bien, Cole, ¿Haciendo el papel de inquisidor? —hablé con frialdad.

Se revolvió contra mí como si hubiera surgido una serpiente de cascabel. Sus esbirros soltaron a Jayne, que exclamó ahogadamente algo entre dientes, y tal vez por ver a una persona que podía salvar su pellejo, aunque esa persona no le fuese conocida, corrió a mí y tuve la muy agradable sensación de sentir contra mi torso el suyo.

—¡Usted! —silabeó Cole, palideciendo—. ¿De dónde ha salido? Le vi en el Club Náutico...

—Soy un buen amigo de Mark Cain —reí, cubriendo con un brazo a Jayne contra mí, y manteniendo en la otra mano la pistola automática con que encañonaba a sus dos «gorilas»—. Hágase cuenta de que está ante él. Y creo que Cain y usted tenían una anterior cuenta pendiente.

—No sé de qué habla, pero le aviso que puedo llamar a la policía, y le arrestarán por allanamiento de morada —avisó Cole, glacialmente.

—¿Y a usted no?

—Este edificio es mío. Puedo entrar y salir de él cuando guste.

—¡Vaya...! De modo que no le falta nada. Todo negocio sucio del país le pertenece: prostíbulos, drogas, tráfico de diamantes... Le felicito, Cole. Es usted la perfecta imagen de nuestro *businessman*. ¿También es legal que torture a una mujer?

—Ella no declarará contra mí. Y su palabra, amigo, no vale nada ante la mía.

—Se equivoca, Cole. Vale tanto como la suya. Nuestro país puede albergar a sucias sabandijas como usted, pero también tiene cosas hermosas, como son que un hombre valga lo mismo que otro, por mucho dinero que ese otro tenga.

—Inténtelo y verá su fracaso —rio desdeñoso Cole—. Vale más que se marche. Este es un asunto entre esa mujerzuela y yo.

—¡No, no me deje! —gimió ella, apretándose aún más contra mí—. ¡Sería capaz de matarme!

—Jayne, la ayudaré. Y usted me ayudará a mí —dije fríamente

—. Prométame que vendrá conmigo a ver a un buen amigo de la policía y a un agente federal de Contrabandos, con esa droga y esos diamantes que él asegura obran en su poder, si ello es cierto. A cambio de eso, la ayudaré,

—Le aseguro que no tengo nada... —sollozó ella, mirándome.

—No, no —rechacé, con tono de reproche—. Jayne, a mí no va a engañarme. Seguro que lo tiene. Créame, vale más desprenderse de eso y salir de líos, que guardarlo y correr el riesgo de que rufianes como Cole, Goldman y sus esbirros destrocen su belleza para siempre. Hágame caso. Entregue eso y habrá puesto una cuerda al cuello de Cole, muchacha. Yo, a cambio, la protegeré de ellos.

Pareció vacilar, pensarlo mejor. Me miró al rostro, ronroneó contra mi pecho, y eso me gustó. Las curvas de ella me oprimían, me inundaban.

—Está bien... —musitó—. Sí, lo haré... Palabra. ¡Pero no me abandone!

No la abandoné. Ni ahora, cuando los dos esbirros de Cole, profesionales en lo suyo, aprovecharon el momento para lanzarse sobre mí, y Barnaby Cole extrajo de sus ropas una pequeña pistola automática de lujo, capaz de matar como otra cualquiera.

—¡A él, pronto! —rugió el millonario—. ¡Que no salga vivo de aquí, maldito sea!

Me gustó eso. Solté violentamente a un lado a Jayne. Su marea de curvas llenó un sofá. Los dos rufianes cayeron sobre mí, esperando que yo no me atrevería a disparar.

Se equivocaron.

Apenas les tuve encima, alcé la automática y apreté el gatillo. Una oreja de coliflor voló en fragmentos, reventada a boca de jarro. El otro vaciló un momento, y le clavé el segundo proyectil en el hombro derecho, a quemarropa. Aulló, yéndose atrás con violencia. Tambaleante, se aferró el punto herido, de donde manó sangre en abundancia.

Cole, muy pálido, disparó contra mí. Y tiraba a matar.

Pero yo, apenas hice fuego dos veces contra sus «gorilas», me había dejado caer tras un butacón. Sentí cómo la bala desgarraba el tapizado, alojándose en su relleno. Un muelle escapó, con un

maullido.

Desde detrás de la butaca asomé el brazo. Disparé contra Cole. Una bala a su mano armada. Y otra, más vengativa que otra cosa, contra su codo.

Quedó hecho una lástima. Sus dedos rotos, sangrantes, solo podían competir con su codo astillado, de donde fluía sangre en abundancia. Lívido, casi sollozando, el cerdo se dejó caer de rodillas en la alfombra, mirándome con terror.

—Cobardes... —mascullé, incorporándome—. Ahora veremos lo que la policía hace con todos vosotros... Jayne, llama a Narcóticos, al FBI. Yo me voy a ocupar de ellos entre tanto, de modo que no puedan salir de este embrollo...

—Sí, sí —me miró, admirativamente. Sin importarle que su busto estuviera virtualmente al descubierto entre los jirones de su vestido, Jayne fue al teléfono, pidiendo a información el número del FBI.

Yo, entretanto, bajo la amenaza del arma, hice que se ataran las manos entre sí. Al último, a Cole, se las ligué yo mismo, e hice igual después con sus tobillos. Jayne se acercó a mí nuevamente.

—Ya está —dijo, mirándome absorta, como impresionada por mi hazaña—. Estarán aquí en veinte minutos.

—Bien —suspíré—. Ahora trae esa droga y esos diamantes qué ocultas.

—¿De verdad piensas entregarlos? —dijo, plañidera.

—Algo mejor que eso —reí—. Pienso ponerlo en los bolsillos de Cole. Veremos cómo explica a los federales que tenía consigo todo eso.

Jayne me miró asombrada. Luego, se echó a reír abiertamente. La idea le divertía, sin duda, tanto como a mí mismo.

Todavía nos reíamos cuando nos alejábamos en mi coche de Dolls House. Faltaban menos de diez minutos para que el FBI hiciera acto de presencia allí, iniciando una redada que, posiblemente, terminaría pronto con Goldman, a quien su cómplice delataría, asustado.

—Creo que acabamos de hacer un bien a la Humanidad, Jayne —dije complacido, al volante de mi coche.

Ella me miró risueña y asintió.

—¿Quién eres? —me preguntó, apoyando su brazo en mi hombro.

La miré. Seguía sin cubrirse el torso, y mis ojos terminaron indefectiblemente en él. Sonreí.

—Si te lo dijera no ibas a creerme —hablé—. Digamos que soy un buen amigo tuyo, Jayne.

—Eso ya lo sé —ronroneó, poniendo su mano en mi rodilla y pegándose mucho a mí. Me contempló, melosa—. Me gustaría saber cómo te llamas...

—Llámame Mark, si te gusta.

—¿Mark? —frunció deliciosamente el ceño—. Conocí a otro chico llamado así. Le mataron.

—¿Era buen amigo tuyo?

—Nos conocíamos poco. Creía que no gustaba a las chicas. Y no era cierto. Yo me sentía atraída por él.

Sentí un raro cosquilleo. Indagué:

—¿Y por mí no?

Ella me miró. Hizo un mohín con sus carnosos labios. Asintió despacio.

—No tienes idea de cómo me chifla un chico como tú —murmuró—. Sobre todo, después de haber salido en mi defensa. Arrogante, guapo... y valeroso. Me gustas mucho, Mark...

Aceleré la marcha. Más o menos como se aceleraba así circulación sanguínea ante las palabras de Jayne.

Poco después, en un motel de la ruta, me rogó que parase el coche.

Lo pidió de un modo que no pude dejar de obedecerla. Y no me arrepentí de ello.

CAPÍTULO IX

TODAVÍA estaba pensando en Jayne.

Era tarde. Muy tarde. Había perdido demasiado tiempo en aquella parada en el motel. Si se le podía llamar perder el tiempo a quedarse junto a Jayne unas horas,

Era una endiablada criatura. Toda pasión y sensualidad. Pero debía dejar de pensar en ella y en sus atractivos. Había aún mucho por hacer, antes de que dieran las ocho, y yo acudiese a mi cita en Staten Island Fair Park.

Me divirtió oír por el boletín de noticias de la radio que Barnaby Cole, influyente hombre de negocios, había sido arrestado, acusado de contrabando de drogas y diamantes. Se hablaba de otras inminentes detenciones relacionadas con el caso. Sonreí, pensando en Goldman, el dueño de Oyster Inn. Otro cerdo a punto de caer.

Pasé por el hospital. Ebony estaba recuperándose con rapidez, fuera ya de todo peligro. Había hablado, y Cole iba a ser acusado también de intento de homicidio. Me gustó saber eso. Ebony era una chica valerosa.

También el doctor Mankiewicz estaba fuera de peligro, reponiéndose de sus heridas, producidas al sorprender al asaltante y ser golpeado por este. No había vuelto en sí totalmente.

Lástima que Candy Miller no hubiera tenido igual fortuna que ellos. Por ella, nadie podía hacer ya nada. Como los Keith, como Sue Crane...

Había mucha sangre en aquel asunto. Demasiada. Todo iba desvelándose, menos lo que importaba en realidad: la identidad del asesino, que se movía en la sombra. La persona que pudo interferir mi teléfono de la oficina, que envió a un pistolero a dinamitar el coche de Candy, que acaso envió a otro para matar al detective

privado Mark Cain, o lo hizo por sí mismo.

De cualquier modo, si había continuado interfiriendo mi teléfono, ahora estaría enterado ya de lo que proyectaba. Intentaría impedir que Mac Lane supiera la verdad. Y trataría de eliminarme otra vez.

Solo que ahora no iba a sorprenderme descuidado. Yo estaba en guardia. Y era yo el que tendía la trampa. Aunque fuese una trampa que tuviera sus riesgos, por supuesto.

Dirigí mi automóvil a una tienda céntrica de Manhattan. Un negocio muy popular de flores. Había obtenido su nombre en el registro de funerales de la ciudad de Nueva York. Habitualmente, se ocupaba de enviar flores y coronas a los entierros. En el de Mark Cain, no había sido una excepción.

Entré. Un joven esbelto y afable me atendió. Se quedó mirándome, curioso, cuando le dije el objeto de mi visita.

—¿Coronas fúnebres? —asintió—. ¡Oh, sí! Estamos especializados en ello, entre otras cosas, señor.

—Una dama llamada Kim Cain encargó flores en el funeral de su esposo —dije—. Me gustaría que me diera unos datos al respecto.

—Oh, señor, atendemos tantos funerales que resulta difícil asegurarse de eso... —se intentó escabullir.

—En este caso hay algo más —dije—. Esa dama sigue encargando un ramo diario de flores para la tumba de su esposo. Al menos, hasta ahora. Y todas llevan el nombre de esta casa.

—Oh, bueno, eso es diferente, señor —habló el empleado—. Pero de todos modos, no podemos dar informes a nadie sobre nuestros clientes. Comprenda que es una cosa muy personal y no está bien que...

—Espere —le mostré mi nueva credencial, con mi nuevo rostro—. Soy Mark Cain, investigador privado. El Cain fallecido es familia mía. Y nunca estuvo casado, diga lo que diga esa dama. Debo averiguar quién se oculta tras esa identidad. Hará bien en ayudarme, o será la policía oficial la que se haga cargo del asunto, pues hay un delito por medio.

—En ese caso... —humedeció sus labios, algo nervioso—. Venga conmigo, señor.

Le seguí a un despacho de muros de vidrio, como un cubículo, al fondo de la tienda repleta de aromáticas flores. Allí me mostró un libro-registro bastante voluminoso.

—Vea, señor —me indicó—. Todo lo que necesitamos es un nombre, una dirección y el dinero de las flores. Sí puedo recordar quién es la dama, se lo diré gustoso, pero me temo que sea difícil, con la cantidad de personas que desfilan por aquí diariamente...

Encontró la mención. Nombre, dirección y el lugar adonde debía llevarse en el cementerio, diariamente, un ramo de rosas.

Miré. El nombre era el esperado: «Kim Cain». La dirección estaba seguro de que era totalmente falsa. Estaba anotado: «Entregados doscientos dólares. Un mes de rosas diarias en la tumba de su esposo, Mark Cain».

El hombre me contempló pensativo. Aquello de que yo me llamase igual que el muerto no terminaba de convencerle, pero no le aclaré nada. En vez de eso, estudié lo inscrito.

—De modo que ella pagó entonces y no ha vuelto por aquí —dije.

—No, no ha vuelto. Creo recordar que era una dama enlutada, con velo... —sacudió la cabeza—. Pero, claro, no puedo estar seguro. Solo me parece recordar el detalle, por eso del encargo de flores cotidianas. Nada más, señor.

Le di las gracias. Salí del local. No había sacado nada en claro, después de todo. Ni lo esperaba. Pero, evidentemente, había una mujer por medio. Relacionada con el crimen. ¿Quién, si no, enviaría flores a la tumba de Mark Cain, si yo no tuve nunca esposa, ni mujer que se preocupara por mí?

Podía ser un recuerdo emocionado... o un detalle de macabro humorismo. Eso estaba aún por ver.

Pero, ciertamente, en algún lugar de aquel rompecabezas, otra pieza existía, poco clara y definida.

Una mujer.

* * *

El celador examinó mi pase especial.

—Está bien —dijo—. Venga conmigo. El reo está en la celda de los condenados.

Me estremecí, siguiéndole. El joven Paul Brewster aguardaba su momento. Faltaban pocas fechas para ello. Ya había sido conducido a la que sería su última celda, salvo la de la noche misma en que esperase la ejecución. En ese momento se acostumbraba a conducir al condenado a otra celda inmediata a la cámara de ejecuciones.

Tuve que esperar a que otro celador uniformado controlara el pase y comprobase mi identidad. El pase estaba firmado por el gobernador, y era válido incluso para ver a un condenado a muerte.

Quería ver a Brewster antes de su muerte. Si podía salvarle el pellejo, lo haría. Pero él tenía que cooperar. Ahora ya no debía ocultar nada. Hablaría con él del contrabando de Cole, del papel que los Keith representaron en ese tráfico ilegal, y todo lo demás. Ya todo eso no importaba mucho. Lo importante era si él había conocido al amante de su hermanastra. Y algo me hacía pensar que sí, que él lo sabía, o tenía alguna idea al respecto, pero que por una u otra razón no había sido enteramente sincero, aun a riesgo de terminar en la silla eléctrica, como era su destino actual.

—Muy bien —dijo el celador—. Puede pasar.

Pasé. Escoltado por ellos, avancé pasillo adelante, por un corredor donde los pasos resonaban extrañamente huecos, profundos, lúgubres.

Alcanzamos la celda de Brewster. Uno de mis acompañantes manipuló con una llave en la cerradura. Luego, se hizo a un lado.

—Brewster, tienes visita —informó, escueto. Me miró a mí y añadió—. Pase. Solo diez minutos, señor.

—Sí, gracias —dije. Y entré.

Me quedé mirando a Paul Brewster. Y él a mí, sentado en su camastro.

Hubo un silencio breve, profundo. Luego, se puso en pie de un salto. Le oí exclamar, asombrado, mirándome con estupor:

—¡Dan Lennox! ¿Qué haces tú aquí?

CAPÍTULO X

LA CASA de los Espejos.

No había mucha gente. Las atracciones de ese tipo van perdiendo adeptos. El propio parque de Staten Island aparecía bastante despoblado. Sobre todo, a esta hora.

Las ocho y cinco minutos exactamente. Las luces de la feria brillaban por doquier. Un carrusel emitía música, destellos de colores. A mi espalda, la entrada a la Casa de los Espejos aparecía desierta. Un aburrido taquillero leía un periódico deportivo.

Miré en torno mío. Pasó una pareja, muy abrazada entre sí. Luego, un hombre solo, que dudó, a la puerta de la Casa de los Espejos, para luego seguir su camino.

Ya no había niños. Ni apenas mujeres. Era tarde. Dentro de una hora escasa cerrarían el recinto. Me llegó el olor de hamburguesas, y la voz de un locutor a la puerta de su atracción.

A ambos lados de la Casa de los Espejos había setos oscuros, y la parte posterior de otras atracciones. Era el sitio ideal para emboscarse, y yo lo sabía. Quizá por ello lo había elegido.

Las ocho y diez, Mac Lane no venía, ni me importaba. Era otra persona a la que yo esperaba.

Pensé si habría fallado el truco. Aunque no era fácil que fuese así. Estaba estorbándole mucho a alguien. No creo que dudasen en deshacerse de mí lo antes posible.

Di unos pasos. Adquirí un boleto para la atracción de los espejos, ostensiblemente. Volví a consultar mi reloj. Las ocho y cuarto en punto. Decidido, entré en la Casa de los Espejos, como disponiéndome a perder unos minutos en su ingenuo recorrido entre diversos reflejos multiplicados o deformes, en sus pasillos de luz fluorescente y muros oscuros o espejeantes.

Estuve seguro cuando pisé el corredor inicial, salpicado de

grotescos espejos. Sonaron pasos tras de mí. Alguien más entraba en la Casa de los Espejos.

Respiré hondo. La trampa. Aquella sí que era una trampa. El interior de la atracción. Un laberinto de luces, de reflejos, de juegos de imágenes repetidas...

Me detuve. Se detuvieron los pasos. Eché a andar, rápido. Paré de repente. Aún llegué a oír unos pasos, muy pocos. Silencio después.

Pasé ante espejos y espejos. Pasillos, habitaciones octogonales, muros y muros con espejos que me reflejaban, techo y suelo de espejo, cambios de luces, música sicodélica...

Era un poco enloquecedor. Sobre todo, sabiendo que había alguien atrás...

Me detuve. Cambié de posición, en un ángulo engañoso, donde los espejos jugaban a reflejarse entre sí. Vi mi figura al menos cien veces, hasta el infinito.

Pero vi a alguien más.

Vi a la persona que había entrado tras de mí. El espejo, delator, la revelaba.

Mostró sorpresa. Pero no la suficiente para impedirle sacar un arma. Una pistola automática con silenciador. Me encañonó.

—Hola, Mark —me dijo.

—Hola —respondí—. ¿Me conoces?

—Claro. Eres Mark Cain.

—Mi aspecto es el de otra persona. El rostro y el cuerpo de Dan Lennox.

—Dan Lennox está muerto.

—¿Lo supiste por el expediente de Mankiewicz?

—Sí —sonrió—. ¿Tú sabías que era yo?

—No —negué—. No lo sabía.

—Eres muy listo. Me engañaste... Creí que lo sabías todo.

—Ahora sí lo sé. Tú fuiste siempre cómplice del asesino —dije.

—Sí, lo fui —y Jayne Jones, la rubia bomba del seno increíble, me miró, risueña—. Pero... ¿sabes quién era el asesino?

—Ahora lo sé —suspiré—. ¡Era Dan Lennox, el donante de mi actual cuerpo!

CAPÍTULO XI

—¿CÓMO has podido saberlo? —Jayne estaba ante mí, pistola en mano, reproducidas sus formas lúbricas por cien reflejos de vidrio.

—Brewster. Hablé con él. Supe que Dan acompañó a veces a Betsy Keith en su yate.

—Betsy era dinero contante y sonante para él —habló desdeñosa Jayne—. Yo era su verdadero amor

—Y fingías ser simplemente una mujerzuela cualquiera...

—Dan nunca tuvo otro dinero que el que sacó a las mujeres —rio Jayne—. Y lo compartía conmigo. Pero era muy reservado. Nunca alardeaba de ello.

—Buen tipo fue a donarme su cuerpo —me quejé—. Un asesino, un vividor...

—Si mató a Keith, fue porque él supo quién era el amante de su esposa.

—Pero, ¿por qué mató a Betsy, que era su gallina de los huevos de oro?

—Ella quería dejarle. Llevaba dinero a bordo. Mucho dinero. Cuando Brewster llegó, no sabía eso. Dan, sí. Se deshizo de ella y se quedó con una gruesa suma, la que ella había cobrado de un traficante de drogas de la organización... Lástima que luego... Dan muriese.

—¿Cómo murió?

—Accidente. El automóvil... —Jayne soltó una carcajada—. Acababa de disparar contra ti, Mark. Y tuvo que estrellarse y morir... para donarte su cuerpo. ¡Qué ironías tiene la vida, Mark! Él te fue a matar a ti... y murió, dándote la vida.

—A veces, las cosas son justas en cierto modo. Yo te salvé a ti

de los esbirros de Cole... y tú me pagas viniendo ahora a matarme.

—Tengo que hacerlo. Sabes demasiado ya, Mark. No puedes contarle a la policía. Esta tarde, cuando fuimos al motel... creí que nada sabías.

—Y era cierto —reí—. Te aseguro que no podía sospechar de ti, Jayne.

—Entonces, ¿qué ibas a contar a Mac Lane aquí? Cuando uno de mis asalariados me informó de lo que hablaste por teléfono... —me miró con repentina inquietud—. ¡Espera! Creo que te entiendo... ¿No será esto una trampa?

—Para ti, preciosa. Para ti, Jayne... alias Kim Cain, para enviar rosas a Mark Cain, por quien sentías un cierto afecto, ¿verdad?

—¡Mark Cain, esta vez no habrá vida para ti! —gritó ella, lívida. Y disparó.

Yo me moví rápido. Los espejos ayudaban. Empezaron a saltar en pedazos, a medida que ella me buscaba con su arma, haciendo fuego. Los reflejos engañaban, confundían, en un juego fantástico de falsas figuras, mezclándose con verdaderas.

Cuando apenas quedaban espejos, disparé yo.

Fue una pena agujerear uno de aquellos hermosos y exuberantes senos. Pero eso es lo que sucedió.

Mi disparo era mortal.

Vi caer a Jayne, y se rompieron nuevos vidrios. Me precipité hacia ella.

Por el fondo del corredor aparecieron Mac Lane y un grupo de policías. Ya era tarde. Jayne agonizaba.

—Mark... ganaste... —jadeó ella—. Al menos... pórtate como yo... y pon flores en mi... tumba... Me imaginé... que Dan y tú... erais los sujetos... de la operación. Por eso... asalté el hospital... para confirmarlo... Creo... creo que me gustaba el físico de Dan... y tu cerebro, Mark. Lástima... que no pudiéramos... vivir juntos...

Murió con una sonrisa y un vómito. Miré a Mac Lane.

—No sé si esto servirá para salvar a Brewster —mascullé—. Ha muerto, y usted no sabe la verdad, la increíble verdad.

—No se preocupe. Cuando me dijo eso, tomé medidas. El lugar está rodeado, hay magnetófonos automáticos grabando aquí dentro... Habrán registrado cuanto se habló...

—Menos mal. —sacudí la cabeza—. Brewster es un granuja, pero no mató a nadie. Él conocía a Dan Lennox, él sabía que había algo con su hermanastra, pero eran amigos y no quiso traicionarlo, pensando que sería también inocente... Lennox era el culpable, Mac Lane. Es toda una curiosa ironía...

—Vaya, Cain. Lamento que no pueda tomar otro cuerpo —dijo, con sarcasmo, el policía.

—No tiene importancia —comenté—. En realidad, teniente... creo que no es el cuerpo lo más importante de la persona. En eso, el doctor Mankiewicz tenía razón...

Y me moví hacia la salida de la Casa de los Espejos. El caso había concluido. Ya podía ir por mis cinco mil dólares. Pero ni siquiera me entusiasmaba esa idea.

* * *

—¿Qué va a hacer ahora, jefe?

—No lo sé, Jill.

—Tiene cinco mil dólares, un físico envidiable, las chicas se mueren por usted... —dijo, con sarcasmo, ella,

—Al diablo con todo eso —refunfuñé—. Echo de menos mi antigua personalidad, Jill. ¿Sabe una cosa? Resulta que incluso así les parecía atractivo a las mujeres..., incluso a las mujeres asesinas.

—No me dice nada nuevo. También me gustaba a mí... —enrojeció de repente, mordiéndose los labios—. ¡Oh, qué tontería he dicho!

—Jill, repita eso —la pedí, con rapidez—. ¿De verdad le gustaba yo entonces?

—Bien, sí —me miró con repentina energía—. Vamos, disfrute y alardes un poco, Mark Cain. Pero me gustaba. Y me sigue gustando. Sea usted alto o bajo, feo o guapo. Amo lo que hay dentro de usted: su mente, su espíritu, su modo de ser. Y no me importa el aspecto que tenga. Pero es tan endiabladamente tonto, que llevo años sintiendo lo mismo, y usted se ha creído siempre un desdichado en quien ninguna mujer se fijaba. ¡Míreme, jefe! Soy joven, atractiva, me miran los chicos, me desean los hombres... ¡Y usted suspira por una rubia opulenta que resulta ser un criminal, o por una muchacha de color que se muere por usted, sin fijarse en mí, en Jill

Travers, su humilde secretaria!

Me soltó todo eso de golpe. Me dejó apabullado.

Luego, se lanzó en mis brazos y me besó.

Diablo, ella tenía razón. ¿Cómo pude estar yo tan ciego todo ese tiempo? Jill sí que besaba bien. Y me quería. Y era mi secretaria. Y teníamos cinco mil dólares para gastarlos juntos...

No, no estaba nada mal.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en recomendar
a sus lectores, las colecciones:

HEROES DE LA PRADERA

dedicada a las mejores novelas
de dos colosos del

"WESTERN"

dos autores cuya fama crece día a día:

SILVER KANE y KEITH LUGER

— y —

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras de

"CIENCIA FICCIÓN"

debidas a la pluma de los autores que
mayor éxito han obtenido entre los
aficionados a este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Jim: «Posada de las Ostras». El establecimiento es inventado. El lugar y sus características, no. Es un pintoresco punto de Long Island, que data de 1800.